

CULTURA

SELECCION
DE BUENOS
AUTORES

ANTIGUOS
Y
MODERNOS

MANUEL GUTIERREZ NAJERA



PQ7297
G8
A6
916

ToMo I

MEXICO

NVM. 3.

O

SE
DE
AV

MA

PQ7297

.G8

A6

1916

ToMo

CULTURA



buena selección.
mostrado en el próximo número con el título de "Cuentos de la Maeterlink," traducidos por Roberto Brenes Mesén y con ilustraciones de Saturnino Herrán.

En preparación:

Sor Juana Inés de la Cruz.
"Peter Pan" de James M. Barrie.
Manuel José Othón.
Cuentos de Andersen.
Los Rubayata, de Omar Khayam
Doctor Mora.
Ibsen.
D. Juan Ruiz de Alarcón.
Justo Sierra.
Rubén Darío.
Cuentos de Perrault.



FONDO
ALFONSO REYES

PRECIO:

En toda la República: \$2.00 de la nueva emisión.
En el extranjero: \$0.25 oro.

Subscripciones: { Por 3 meses 11.00
 " 6 " 22.00

Todos los pedidos y subscripciones solicítense a "Cultura," apartado postal 4527.

Agentes generales: *Librería Biblos*
de los Sres. F. de J. Gamoneda y Cía. (Bolívar 22)
México.

La correspondencia dirijase al
APARTADO POSTAL 4527.—MÉXICO, D. F.

CULTURA

SELECCIÓN DE BUENOS AUTORES
ANTIGUOS Y MODERNOS

DIRECTORES: ACVSTÍN LOERA Y CHÁVEZ,
Y JULIO TORRI

Tomo I. Núm. 3.

CUENTOS

DE

MANUEL GUTIERREZ NAJERA.



MEXICO.
Septiembre 15 de 1916.

«IMPRESA VICTORIA» 4A VICTORIA 92

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

13829



FONDO
ALFONSO REYES

Contenido:

PRIMERAS PALABRAS, de Margarita Gutiérrez Nájera.

RASGOS BIOGRÁFICOS.

LA MAÑANA DE SAN JUAN.

JUAN EL ORGANISTA.

HUMORADA DOMINICAL.

HISTORIA DE UN PESO FALSO.

LA NOVELA DEL TRANVÍA.

PRIMERAS PALABRAS (1)

"Rien n'est plus clair que de sentir sur soi,
quelqu'un au delà de la vie,
en qui l'on ait croyance et foi;
et que l'on sente ardente et toute entiere
penchée, a chaque instant, sur soi,
comme une main avec de la lumière".

E. VERHAEREN.

Es una necesidad de mi espíritu sediento de luz y de amor: todos los días, después de cerrar cuidadosamente las puertas de mi estudio, para que ni el aire, que también es indiscreto, sepa nada, abro el libro mágico de cantos dorados en el que duermen todas las ternuras del corazón de mi padre, todas las chispas que se escaparon de su cerebro de oro, y conmovida y medrosa como si se tratara de la revelación de un misterio leo, leo con los ojos ávidos y mi mirada se hunde más allá de la vida.

La sangre en mis venas acelera su curso, mis sienes palpitan doloridas y mis manos se hielan. Animadas por mi amor las palabras y las frases surgen ataviadas con sus trajes de fiesta.

El silencio que me envuelve es propicio al ensueño, mis manos vuelven nerviosas las páginas sutiles. ¿La vida...? ¡qué lejos...! creo que mi cabeza se inclina dulcemente sobre el pecho del poeta y que así, pequeñita, perdida en la inmensidad de su ternura, sólo yo puedo oír lo que dice muy bajo su corazón que se queja....

A veces, cuando termino mi lectura, mis mejillas es-

BIBLIOTECA CENTRAL

U.A.N.L.

tán empapadas y las páginas del libro rugosas y húmedas....

Mi alma se tiende implorante como un vaso de amor y en mis labios los besos revolotean como mariposas locas. Y sobre las palabras dormidas en el libro de cantos de oro; sobre los sentimientos que fueron la esencia de mi alma, vertida pródigamente en el papel; sobre las quejas que nadie supo oír, porque fueron escritas para mí, porque son *mías*; sobre los renglones alineados simétricamente, que son su corazón, su cerebro, su vida, pongo mis labios ardientes y siento que mi alma y la suya se unen dulcemente en ese beso.

Vosotros, los felices de la tierra, ignoráis el sutil encanto de esas caricias de ultratumba. ¡Buscar así, entre las cenizas apagadas una chispa para encender con ella nuestra antorcha; recoger piadosamente los suspiros escapados de una boca que ya no existe y que flotar dolientes en la atmósfera años quizás, buscando un nido; conversar con una sombra, leer muy hondo dentro de un alma que formó la nuestra volcando en ella un mundo de ideales y de ensueños! ¿El dolor? ¡qué importa! sólo por él vivimos; para que sintiera sus caricias que hieren, sus heridas que sanan, una parte del alma de mi padre, la parte sensitiva, ¡la única buena que poseo! sobrevive en mi alma.

Yo no estoy sola, algo poderoso sostiene mi debilidad; mi «yo» se pierde en otra voluntad y en otro amor, y con los brazos abiertos y la boca sonriente, tal vez muy lejos, no sé dónde, alguien me espera más allá de la vida.....

MARGARITA.

(1) Atendiendo a una súplica de los directores de esta publicación y con escrúpulos de modestia muy excusables en quienes tan bien honran la memoria del poeta, la señorita Margarita Gutiérrez Nájera ha escrito especialmente para «Cultura» estas sentidas frases.

RASGOS BIOGRAFICOS (1)

MANUEL Gutiérrez Nájera, hijo de Don Manuel Gutiérrez y de la Sra. Dolores Nájera, nació en México el 22 de Diciembre de 1859 en la calle del Esclavo número 1 (hoy 2ª de Manrique). A los 4 años de edad fué su familia a radicarse a Querétaro, viviendo allí en la calle de Garmilla, que hoy lleva el nombre de «Manuel Gutiérrez Nájera», según decreto reciente del Estado. El año de 63 regresaron a esta capital. No estuvo nunca en la escuela, su mamá le enseñó las primeras letras y él sólo aprendió a leer. Fué su profesor de latín el Señor Don Próspero María Alarcón y de matemáticas (que él detestó siempre) el Señor José Joaquín Terrazas. A los 13 años de edad y sin conocimiento de su familia empezó a escribir artículos y poesías en el periódico «La Iberia», del que era Director Don Anselmo de la Portilla; después en el «Federalista», del que era Director Alfredo Bablot, y después en todos los periódicos.

(1) Intencionalmente publicamos estos rasgos biográficos tal como la estimable familia del poeta se sirvió proporcionarnoslos atendiendo finamente nuestro ruego. Trascienden a la naturalidad peculiar a aquel orfebre.

Reservamos la publicación del magistral estudio de Don Justo Sierra para hacerlo figurar en la portada de la selección de los versos de Gutiérrez Nájera que pronto publicaremos.

dicos políticos y literarios de la época, usando en ellos distintos seudónimos, entre otros el de Monsieur Can-Can, Junios, Recamier, Cura da Jalatlaco, Perico el de los Palotes y sobre todo Duque Job. Fué fundador, en colaboración con Carlos Díaz Dufoo, de la «Revista Azul». Empezó a escribir una novela «La Mancha de Lady Macbeth», que quedó incompleta a su muerte. Nunca quiso coleccionar ni publicar sus obras y sólo a su muerte, por iniciativa de varios de sus amigos y con el objeto de ayudar a sus pequeños hijos, se publicaron los dos tomos de prosa y uno de poesías.

La inmensa labor literaria acabó con su vida, murió el 3 de febrero de 1895 a las tres de la tarde en su casa, calle de los Sepulcros de Santo Domingo número 10.

LA MAÑANA DE SAN JUAN

POCAS mañanas hay tan alegres, tan frescas, tan azules, como esta mañana de San Juan. El cielo está muy limpio, «como si los ángeles lo hubieran lavado por la mañana»; llovió anoche, y todavía cuelgan de las ramas brazaletes de rocío que se evaporan luego que el sol brilla, como los sueños luego que amanece; los insectos se ahogan en las gotas de agua que resbalan por las hojas, y se aspira con regocijo ese olor delicioso de tierra húmeda, que sólo puede compararse con el olor de los cabellos negros, con el olor de la epidermis blanca y el olor de las páginas recién impresas. También la naturaleza sale de la alberca con el cabello suelto y la garganta descubierta; los pájaros se emborrachan con el agua, cantan mucho, y los niños del pueblo hunden su cara en la gran palangana de metal. ¡Oh mañanita de San Juan, la de camisa limpia y jabones perfumados! yo quisiera mirarte lejos de estos calderos en que hierve grasa humana; qui-

siera contemplarte al aire libre, allí donde apareces virgen todavía, con los brazos muy blancos y los rizos húmedos! Allí eres virgen: cuando llegas a la ciudad, tus labios rojos han besado mucho; muchas guedejas rubias de tu undíbago cabello se han quedado en las manos de tus mil amantes, como queda el vellón de los corderos en los zarzales del camino; muchos brazos han rodeado tu cintura; traes en el cuello la marca roja de una mordida, y vienes tambaleando con traje de raso blanco todavía, pero ya prostituido, profanado, semejante al de Giroflé después de la comida, cuando la novia muerde sus inmaculados azahares y empapa sus cabellos en el vino! ¡No, mañanita de San Juan, así yo no te quiero! Me gustas en el campo: allí donde se miran tus azules ojitos y tus trenzas de oro. Bajas por la escarpada colina poco a poco; llamas a la puerta o entornas sigilosamente la ventana para que tu mirada alumbre el interior, y todos te recibimos como reciben los enfermos la salud, los pobres la riqueza y los corazones el amor. ¿No eres amorosa? ¿No eres muy rica? ¿No eres sana? Cuando vienes, los novios hacen sus eternos juramentos; los que padecen se levantan vueltos a la vida; y la dorada luz de tus cabellos siembra de lentejuelas y monedas de oro el verde oscuro de los campos, el fondo de los ríos y la pequeña mesa de madera pobre en la que se desayunan los humildes, bebiendo un tarro de espumosa leche,

mientras la vaca muje en el establo. ¡Ah! Yo quisiera mirarte así cuando eres virgen, y besar las mejillas de Ninón. isus mejillas de sonrosado terciopelo y sus hombros de raso blanco!

Cuando llegas, ¡oh mañanita de San Juan! recuerdo una vieja historia que tú sabes y que ni tú ni yo podemos olvidar. ¿Te acuerdas? La hacienda en que yo estaba por aquellos días, era muy grande; con muchas fanegas de tierra sembradas e incontables cabezas de ganado. Allí está el caserón, precedido de un patio con su fuente en medio. Allá está la capilla. Lejos, bajo las ramas colgantes de los grandes sauces, está la presa en que van a abrevarse los rebaños. Vista desde una altura y a distancia, se diría que la presa es la enorme pupila azul de algún gigante, tendido a la bartola sobre el césped. ¡Y qué honda es la presa! ¡Tú lo sabes.!

Gabriel y Carlos jugaban comunmente en el jardín.—Gabriel tenía seis años; Carlos, siete. Pero un día, la madre de Gabriel y de Carlos cayó en cama, y no hubo quien vigilara sus alegres correrías. Era el día de San Juan. Cuando empezaba a declinar la tarde, Gabriel dijo a Carlos;

—Mira, mamá duerme y ya hemos roto nuestros fusiles. Vamos a la presa, Si mamá nos riñe, la diremos que estábamos jugando en el jar-

dín. Carlos, que era el mayor, tuvo algunos escrúpulos ligeros. Pero el delito no era tan enorme, y además, los dos sabían que la presa estaba adornada con grandes cañaverales y ramos de zempazúchil. ¡Era día de San Juan!

—¡Vamos! —le dijo— llevaremos un Monitor para hacer barcos de papel y les cortaremos las alas a las moscas para que sirvan de marineros.

Y Carlos y Gabriel salieron muy quedito para no despertar a su mamá, que estaba enferma. Como era día de fiesta; el campo estaba solo. Los peones y trabajadores dormían la siesta en sus cabañas. Gabriel y Carlos no pasaron por la tienda, para no ser vistos, y corrieron a todo escape por el campo. Muy en breve llegaron a la presa. No había nadie: ni un peón, ni una ojea. Carlos cortó en pedazos el Monitor e hizo dos barcos, tan grandes como los navíos de Guatemala. Las pobres moscas que iban sin alas y cautivas en una caja de obleas, tripularon humildemente las embarcaciones. Por desgracia, la víspera habían limpiado la presa, y estaba el agua un poco baja. Gabriel no la alcanzaba con sus manos. Carlos, que era el mayor, le dijo:

—Déjame a mí que soy más grande. Pero Carlos tampoco la alcanzaba. Trepó entonces sobre el pretil de piedra, levantando las plantas de la tierra; alargó el brazo e iba a tocar el agua y a dejar en ella el barco, cuando, perdiendo el equilibrio, cayó al tranquilo seno de las ondas. Ga-

briel lanzó un agudo grito. Rompiéndose las uñas con las piedras, rasgándose la ropa, a viva fuerza logró también encaramarse sobre la cornisa, tendiendo casi todo el busto sobre el agua. Las ondas se agitaban todavía. Adentro estaba Carlos. De súbito, aparece en la superficie, con la cara amoratada, arrojando agua por la nariz y por la boca.

—¡Hermano! ¡hermano!

—¡Ven acá! ¡ven acá! No quiero que te mueras.

Nadie oía. Los niños pedían socorro, estremeciendo el aire con sus gritos; no acudía ninguno. Gabriel se inclinaba cada vez más sobre las aguas y tendía las manos.

—Acércate, hermanito, yo te estiro.

Carlos quería nadar y aproximarse al muro de la presa; pero ya le faltaban las fuerzas, ya se hundía. De pronto, se movieron las ondas y asió Carlos una rama, y apoyado en ella logró ponerse junto al pretil y alzó una mano: Gabriel la apretó con las manitas suyas, y quiso el pobre niño levantar por los aires a su hermano que había sacado medio cuerpo de las aguas y se agarraba a las salientes piedras de la presa. Gabriel estaba rojo y sus manos sudaban, apretando la blanca manecita del hermano.

—¡Si no puedo sacarte! ¡Si no puedo!

Y Carlos volvía a hundirse, y con sus ojos negros muy abiertos, le pedía socorro.

—¡No seas malo! ¿Qué te he hecho? Te daré

mis cajitas de soldados y el molino de marmaja que te gustan tanto. ¡Sácame de aquí!

Gabriel lloraba nerviosamente, y estirando más el cuerpo de su hermanito moribundo, le decía:

—¡No quiero que te mueras! ¡Mamá! ¡Mamá! ¡No quiero que se muera!

Y ambos gritaban, exclamando luego:

—¡No nos oyen! ¡No nos oyen!

—¡Santo ángel de mi guarda! ¿Por qué no me oyes?

Y entretanto, fué cayendo la noche. Las ventanas se iluminaban en el caserío. Allí había padres que besaban a sus hijos. Fueron saliendo las estrellas en el cielo. Diríase que miraban la tragedia de aquellas tres manitas enlazadas que no querían soltarse y se soltaban! Y las estrellas no podían ayudarles, ¡porque las estrellas son muy frías y están muy altas!

Las lágrimas amargas de Gabriel caían sobre la cabeza de su hermano. Se veían juntos, cara a cara, apretándose las manos, y uno iba a morir!

—Suelta, hermanito, ya no puedes más; voy a morirte.

—¡Todavía no! ¡Todavía no! ¡Socorro! Auxilio!

—¡Toma! voy a dejarte mi reloj. ¡Toma, hermanito!

Y con la mano que tenía libre sacó de su bolsillo el diminuto reloj de oro que le habían regalado el Año Nuevo! ¡Cuántos meses había pensado sin descanso en ese pequeño reloj de oro! El día

en que al fin lo tuvo, no quería acostarse. Para dormir, lo puso bajo su almohada. Gabriel miraba con asombro sus dos tapas, la muestra blanca en que jiraban poco a poco las manecitas negras y el instantero que, nerviosamente, corría, corría, sin dar jamás con la salida del estrecho círculo. Y decía:—¡Cuando tenga siete años, como Carlos, también me comprarán un reloj de oro!— No, pobre niño; no cumples aún siete años, y ya tienes el reloj. Tu hermanito se muere y te lo deja. ¿Para qué lo quiere? La tumba es muy obscura, y no se puede ver la hora que es.

—¡Toma, hermanito, voy a darte mi reloj; toma, hermanito!

Y las manitas, ya moradas, se aflojaron, y las bocas se dieron un beso desde lejos. Ya no tenían los niños fuerza en sus pulmones para pedir socorro. Ya se abren las aguas, como se abre la muchedumbre en procesión cuando la Hostia pasa. Ya se cierran y sólo queda por un segundo, sobre la onda azul, un bucle lacio de cabellos rubios!

Gabriel soltó a correr en dirección del caserío, tropezando, cayendo sobre las piedras que lo herían. No digamos ya más: cuando el cuerpo de Carlos se encontró, ya estaba frío, tan frío, que la madre, al besarlo, quedó muerta!

¡Oh mañanita de San Juan! Tu blanco traje de novia tiene también manchas de sangre!

JUAN EL ORGANISTA

EL valle de la Rambla, desconocido para muchos geógrafos que no saben de la misa la media, es sin disputa, uno de los más fértiles, extensos y risueños, en que se puede recrear, esparciéndose y dilatándose, el espíritu. No está muy cerca ni muy lejos: tras esos montes que empinan su cresta azul en lontananza, no distante de los volcanes, cuyas perpetuas nieves muerde el sol al romperlas; allí está. En tiempos tampoco remotos, por ese valle transitaban diariamente diligencias y coches de colleras, carros, caballerías, recuas, arrieros y humildes indios sucios y descalzos. Hoy el ferrocarril, dando cauce distinto al tráfico de mercancías y a la corriente de viajeros, tiene aislado y como sumido el fértil valle. Las poblaciones antes visitadas por viajantes de todo género y pelaje, están alicaídas, pobretonas, pero aún con humillos y altiveza, como los ricos que viven a menos. Restos del anterior encumbramiento, quedan apenas en las mu-

das calles, caserones viejísimos y deslavazados, cuyos patios, caballerizas, corrales y demás amplias dependencias, indican a las claras que sirvieron en un tiempo de paraderos o mesones.

En los años que corren, el valle de la Rambla no sufre más traqueteo que el de la labranza. Varias haciendas se disputan su posesión: una tira de allá, otra de acullá: ésta se abriga y se acurruca al pie del monte: aquélla, baja al río en graciosa curva, y todas, desde la cortesana y presuntuosa, que llega a las puertas de la población y quiere entrar, hasta la huraña y eremita que escala el monte con sus casas pardas, buscando la espesura de los cedros, ya en espigas enhieestas, ya en maizales tupidos y ondulantes, en cría robusta o en maderas ricas, paga tributo opimo cada año. Nada más fértil, ni más alegre que ese valle, ora visto cuando comienza a clarear, ora en la siesta o en el solemne instante del crepúsculo. La nieve de los volcanes, como el agua del mar, cambia de tintes según el punto donde está el sol; ya aparece color de rosa, ya con blancura hiperbórea y deslumbrante, ya violada. Muchas veces las nubes, como el cortinaje cadente de un gran tálamo impiden ver a la mujer blanca y a la montaña que humea. Es necesario que la luz, sirviendo de obediente camarera, descorra el pabellón de húmeda gasa para que veamos a los dos colosos. «La mujer blanca» se ruboriza entonces como recién casada a quien algún importuno sor-

prende en el lecho. Diríase que con la mórvida rodilla levanta las sábanas y las colchas. No así en las postrimerías de la tarde: la mujer blanca parece a tales horas una estatua yacente:

Cansado del combate
En que luchando vivo,
Alguna vez recuerdo con envidia
Aquel rincón oscuro y escondido.

De aquella muda y pálida
Mujer, me acuerdo y digo:
¡Oh qué amor tan callado el de la muerte!
¡Qué sueño el del sepulcro tan tranquilo!

Los sembrados ostentan todos los matices del verde, formando en las graduaciones del color, por el contraste con el rubio de las mieses, por los trazos y recortes del maizal como un tablero de colosales dimensiones y sencillez pintoresca. Los árboles no atajan la mirada: huyen del valle y se repliegan a los montes. Son los viejos y penitentes ermitaños que se alejan del mundo. Lo que a trechos se mira, son las casas de una sola puerta en donde viven los peones; los graneros con sus oblongas claraboyas, el agua quieta de las presas, los antiguos portones de cada hacienda y las torres de iglesias y capillas. Cada pueblo, por insignificante y pobre que sea, tiene su templo. No encontraréis, sin duda, en esas fábricas piadosas los primores del arte: los campana

rios son chicorrotines, regordetes; cada templo parece estar diciendo a los indígenas: «Yo también estoy descalzo y desnudo como vosotros». Pero en cambio nada es tan alegre como el clamoreo de esas esquilas en las mañanas de los domingos, o en la víspera de alguna fiesta. Allí las campanas suenan de otro modo que en la ciudad: tocan a gloria.

La parte animada del paisaje, puede pintarse en muy pocos rasgos: ¡véis aquel rebaño pastando; aquellos bueyes que tiran del arado; a ese peón que sentado en el suelo toma sus tortillas con chile, ínterin la mujer apura el jarro del *pulque*; al niño, casi en cueros, que travesea a la puerta de su casucha; a la mujer, de ubres flojas inclinada sobre el metate, y al amo, cubierto por las anchas alas de un sombrero de palma, recorriendo a caballo las sementeras? Pues son las únicas figuras del paisaje. En las primeras horas de la mañana y las últimas de la tarde, aparecen también con sombreros de jipi y largos trajes de amazonas, en caballos de mejor traza, enjaezados con más coquetería, las «niñas» de la hacienda. También cuando oscurece podéis ver al capellán que lleva siempre el devoto libro en una mano y el paraguas abierto en la otra para librarse, ya del sol, ya de la lluvia o del relente.

Y con estas figuras, los carros cargados de mieses, el polvo de oro que circunda las eras como una mística aureola, los mastines vigilantes,

el bramido de los toros, el balar de las abejas, el relincho de los caballos y el monótono canto con que acompañan los peones su faena, podéis formar en la imaginación el cuadro que no atino a describir. Ante todo tended sobre el valle un cielo muy azul y transparente, un cielo en que no se vea a Dios sino a la Virgen: un cielo cuyas nubes, cuando las tenga, parezcan hechas con plumitas de paloma que el viento haya ido hurtando poco a poco; un cielo que se parezca a los ojos de mi primera novia y a los pétalos tersos de los «no me olvides».

II

A una de las haciendas de aquel valle, llegó al obscurecer de cierto día Juan el organista. Tendría treinta años y era de regular figura, ojos expresivos, traje limpio, aunque pobre, y finos modales. Poco sé de su historia: me refieren que nació en buena cuna y que su padre desempeñó algunos empleos de consideración en los tiempos del presidente Herrera. Juan no alcanzó más que las últimas boqueadas de la fortuna paterna, consumida en negocios infelices. Sin embargo, con sacrificios o sin ellos, le dieron sus padres excelente educación. Juan sabía tocar el piano y el órgano; pintaba medianamente; conocía la gramática, las matemáticas, la geografía, la historia, algo de ciencias naturales y dos idiomas: el fran-

cés y el latín. Con estos saberes y con esas habilidades pudo ganar su vida como profesor y ayudar a la subsistencia de sus padres. Estos murieron en el mismo mes, precisamente cuando el sitio de México. Juan, que era buen hijo, les lloró, y viéndose tan solo y sin parientes, entregado a solicitudes mercenarias, hizo el firme propósito de casarse, en un momento, en hallando una mujer buena, hacendosa, pobre como él y que le agradara. No tardó en hallar esta presea. Tal vez la muchacha en quien se había fijado no reunía todas las condiciones y atributos expresados arriba, mas los pobres, en materia de amor, son fáciles de contentar, especialmente si tienen ciertas aficiones poéticas y han leído novelas. Al amor que sienten se une la gratitud que les inspira la mujer suficiente desprendida de las vanidades y pompas mundanas, para decirles; «te quiero». Creen haber puesto una pica en Flandes, se admiran de su buena suerte, magnifican a Dios que les depara tanta dicha y cierran los ojos con que habían de examinar los defectos de la novia, para no ver más que las virtudes y excelencias. Los pobres reciben todo como limosna: hasta el cariño.

Juan puso los ojos en una muchacha bastante guapa y avisada, pobre de condición, pero bien admitida, por los antecedentes, de su familia, en las mejores casas. Era hija de un coronel que casó con una mujer rica y tiró la fortuna de ésta en

pocos años. La viuda se quedó hasta sin viudedad porque el coronel sirvió al Imperio. Mas como sus hermanas, hermanos y parientes, vivían en buena posición, no le faltó nunca lo suficiente para pagar el alquiler de la casa (veinticinco pesos) la comida (cincuenta) ni los demás pequeños gastos de absoluta e imprescindible necesidad. Para vestir bien a las niñas, como a personas de la clase que eran, tuvo sus apurillos al principio; pero ellas luego que entraron en edad, supieron darse mañas para convertir el vestido viejo de una prima en traje de última moda y hacer los metamorfoseos más prodigiosos con todo género de telas y de cintas. Además eran lindas y discretas: se ganaban la voluntad de sus parientes, regalándoles golosinas y chucherías hechas por ellas; de manera que jamás carecieron de las prendas que realza la hermosura de las damas, y no sólo vestían con decoro y buen gusto, sino con cierto lujo y elegancia. Cada día del santo de alguna o al acercarse las solemnidades clásicas, como Semana Santa y Muertos, recibían ya vestidos, ya sombreros, ya una caja de guantes o un estuche de perfumes. Llegó vez en que ya no les fué necesario recurrir a los volteos, arreglos o remiendos en que tanto excedían, y aun regalaron a otras muchachas, más pobres que ellas, los desperdicios de su guardarropa. Las otras ricas las mimaban muchísimo y solían llevarlas a los paseos y a los teatros.

Rosa fué la que se casó con Juan. Las otras tres por más ambiciosas o menos afortunadas, continuaron solteras. No faltó quien sabiendo el matrimonio, hiciera tristes vaticinios.—«Juan—decían— gana la subsistencia trabajando, hoy reúne ciento cincuenta pesos cada mes: pero ¿qué son éstos para las aspiraciones de Rosa, acostumbrada a la holgura y lujo con que viven sus parientes y amigas?»—Y con efecto, era hasta raro y sorprendente, que Rosa hubiera correspondido al pobre mozo. El caso es, que fuese por el deseo de casarse, o porque verdaderamente tomó cariño a Juan, Rosa aceptó la condición mediocre, tirando a mala, que el pretendiente le ofrecía, y se casó.

El primer año fueron bastante felices; verdad es que tuvieron sus discusiones y disgustos; que Rosa suspiraba al oír el ruido de los carruajes que se encaminaban al paseo: que no iba al teatro porque su marido no quería que fuese al palco ajeno, pero con mutuas decepciones y deseos sofocados, haciendo esfuerzos inauditos para sacar lustre a los ciento cincuenta pesos del marido, pasaron los primeros nueve meses.

Coincidió con el nacimiento de la niña que Dios les envió, el malestar y desbarajuste del Erario en los últimos días de Lerdo. Faltaron las quincenas, fué preciso apelar a los amigos, a los agiotistas, al empeño, y Rosa, en tan críticas circunstancias, se confesó que había hecho un soberano

disparate en casarse con pobre, cuando pudo, como otra amiga suya, atrapar un marido millonario. Las tormentas conyugales fueron entonces de lo más terrible: Las gracias y bellezas de la niña, no alhagaban a Rosa, que deseaba ser madre, pero de hijas bien vestidas. No pudiendo lucir a la desgraciada criatura, la culpaba del duro encierro en que vivía para cuidarla y atenderla. Poco a poco fué siendo menos asidua y solícita con su hija; abandonó tal cuidado al marido y desechada, sin paciencia para esperar tiempos mejores, ni resignación para avenirse con la pobreza, sólo hallaba fugaz esparcimiento en la lectura de novelas y en la conversación con sus amigas y sus primas.

Los parientes benévolos de antaño pudieron haberla auxiliado en sus penurias, pero Juan decía: «Mientras encuentre yo lo necesario para comer, no recibiré limosna de ninguno». Así es que cuando Rosa recibía algún dinero, era sin que Juan se enterase de la dádiva. Mas ¿cómo emplear aquellos cuantos pesos en vestidos y gorras, si Juan estaba al tanto de los exiguos fondos que tenía? Algunas compras pasaron como obsequios y regalos, pero aun bajo esta forma repugnaban a Juan. «No quiero, solía decir a su mujer, que te vistas de ajeno. Yo quisiera tenerte tan lujosa como una reina; pero ya que no puedo, confórmate con andar decente y limpia cual cuadra a la mujer de un triste empleado». Rosa

decía para sus adentros. «Tan pobre y tan orgulloso: ¡como todos!...» Esta misma altivez y el despego a propósito extremado con que trataba Juan a los parientes ricos de su esposa, le concitaron malas voluntades entre ellos. No pasaba día sin que por tierna compasión dijeran a Rosa: ¡Qué mal hiciste en casarte! ¡Mejor estabas en tu casa! Sobre todo con ese talle, con esos pies, con esa cara, pudiste lograr mejor marido. No porque el tuyo sea malo; ¡inada de eso! pero hija es tan infeliz!

Y poco a poco estas palabras compasivas, el desnivel entre lo soñado y lo real, la continua contemplación de la opulencia ajena y las lecturas romanescas a que con tanto ahinco se entregaba, produjeron en Rosa un disgusto profundo de la vida y hasta cierto rencor o antipatía al misérrimo Juan, responsable y autor de sus desdicha. Rosa procuraba pasar fuera de la casa las más horas posibles, vivir la vida fastuosa y presada a que la acostumbraron desde niña, hablar de bailes y de escándalos y hasta— ¡por qué no?—escuchar sin malicia los galanteos de algún cortejo aristocrático. Al cabo de seis meses transcurridos de esta suerte, sucedió lo que había de suceder: que Rosa dió un mal paso con su primo.

Juan no cayó del séptimo cielo como Luzbel. Conservaba aún los rescoldos de la amorosa hoguera que antes le inflamó, pero no estimaba ni podía estimar a Rosa. La había creído frívola, di-

sipada, presuntuosa y vana; pero nunca perversa y criminal. Y Rosa—hagámosle justicia plena—no delinquiró por hacer daño ni por gozar el adulterio, sino por vanidad y aturdimiento. Juan tranquilo en su cólera, abandonó el hogar profanado y salió con su hija de la ciudad. ¿A qué vengarse? El tiempo y sólo el tiempo, ese justiciero inexorable, venga los delitos de leso corazón,

Huía de México como se huye de las ciudades apestadas. No quería sufrir las risas de unos y las conmisericordias de otros. Sobre todo, quería educar a su hija, que contaba a la sazón dos años, lejos de la formidable tentación. La vanidad es una lepra contagiosa—decía para sí—¡tal vez hereditaria! Quiero que mi hija crezca en la atmósfera pura de los campos: las aves la enseñarán a ser buena madre. En los primeros días de ausencia, la niña despertaba diciendo con débil voz: ¡Mamá! ¡Mamá!

¡Cómo sufría al oírla el pobre Juan! Iba a abrazarla en su camita y mojado con lágrimas los rubios rizos y la tez sonrosada de la niña, le decía sollozando: ¡Pobrecita! ¡Somos huérfanos!

Al año de ésto, murió la madre de Rosita; Juan vivió con muchísimo trabajo, sirviendo de profesor en varios pueblos y ayudándose con la pintura y con la música. Diez meses antes del principio de esta historia, fué a radicarse en San Antonio, población principal del valle descrito en el capítulo anterior. Allá educaba a algunos chicos,

pintaba imágenes piadosas que solía vender para las capillas de las haciendas y tocaba el órgano los domingos y fiestas de guardar.

Esto último le valió el sobrenombre de «Don Juan el organista». Todos le querían por su mansedumbre, buen trato y fama de hombre docto. Mas lo que particularmente lo hacía simpático, era el cariño inmenso que tenía a su hija.

Aquel hombre era padre y madre en una pieza. ¡Con qué minuciosa solicitud cuidaba y atendía a la pequeñuela! Era de ver cuando la alistaba y la vestía, con el primor que sólo tienen las mujeres; cuando le rezaba las oraciones de la noche y se estaba a la cabecera de la cama hasta que la chiquilla se dormía!

Rosita ganaba mucho en hermosura. Cuando cumplió cinco años—época en que principia esta historia—era el vivo retrato de su madre. Las vecinas se disputaban a la niña y la obsequiaban a menudo con vestidos nuevos y juguetes. Por modo que Rosita andaba siempre como una muñeca de porcelana. ¡Y a la verdad que era muy cuca, muy discreta, muy linda y muy graciosa, para comérsela a besos!

Veamos ahora lo que Don Juan el organista fué a buscar en la vecina hacienda de la Cruz.

III

—Adelante, amigo Don Juan, pase Ud. Juan

se quitó el sombrero respetuosamente y entró al despacho de la hacienda. Era una pieza bastante amplia con ventanas al campo y a un corral. Consistía su mueblaje en una mesa grande y tosca, colocada en el fondo, precisamente abajo de la estampa de Nuestra Señora de Guadalupe. La carpeta de la mesa era de color verde tirando a tápalo de viuda; pendiente de una de sus puntas campañeábase ruco trapo negro, puesto allí para limpiar las plumas; y encima, colocados con mucho orden, alzábanse los libros de cuentas presididos por el clásico tintero de cobre que aún usan los notarios de parroquia. Unas cuantas sillas con asiento de tule completaban el mueblaje, y ya tendidos o apoyados en ellas, ya arrinconados o subidos a los pretilos de las ventanas, había también vaquerillos, estribos, chapareras, sillas de montar, espadas mohosas, acicates y carabinas. De todo aquéllo se escapaba un olor peculiarísimo a crines de caballo y cuero viejo,

Don Pedro Anzúrez, dueño de la hacienda, escribía en un gran libro y con pluma de ave, porque jamás había podido avenirse con las modernas. Desde el sitio en que de pie aguardaba Juan podía verse la letra ancha y redonda de Don Pedro, pero Juan no atendía a los trazos y rasgos de la pluma: con el fieltro en la mano esperaba a que lo invitasen a sentarse.

—Descanse Ud. y no ande con cumplidos, dijo Don Pedro, interrumpiendo la escritura.

Y continuó tan serio y gravadoso como antes, añadiendo renglones a renglones y deteniéndose de cuando en cuando para hacer en voz baja algunas sumas. Cerró luego el libraje, forrado de cuero, puso la pluma en la copilla llena de municiones, y volviéndose a Juan, le dijo así:

—Amigo mío, aproxime la silla y hablemos . . .

Eso es! ¿no quiere Ud. un cigarrillo?

—Gracias, señor don Pedro, yo no fumo.

—El señor cura habrá informado a Ud. seguramente de lo que yo pretendo.

—Con efecto, el padre me dijo anoche que tenía Ud. el propósito de emplearme en su casa como preceptor de los niños.

—Eso es. Ud. habrá observado que yo le tengo particular estimación, no sólo por el saber que todos sin excepción le conceden, sino por las virtudes cristianas, tan raras en los jóvenes de hoy día, y que le hacen simpático a mis ojos. Ud. es laborioso, humilde, fiel observante de la ley de Dios, honrado a carta cabal y padre cariñoso como pocos. Vamos. ¡Me gusta Ud.! Desde que trabamos amistad con motivo de la fiesta del Carmen, cuando Ud. tocó el órgano en mi capilla, he comprendido que está Ud. fuera de su centro, y que hombre de educación tan esmerada, merece mejor suerte y el auxilio de todos los que piensan como yo. Conque ¿no tiene Ud. reparo en admitir lo que le propongo? ¿Acepta Ud.?

—Con el alma y la vida, Sr. Don Pedro.

—Pues vamos ahora a tratar el asunto mercantilmente. Ud. tendrá casa, comida y cincuenta pesos al mes. Por supuesto, vendrá Ud. con su hija. Mi esposa y mis dos hijas mayores quieren mucho a la niña, y tratarán a Ud. como a persona de la familia. Los deberes del preceptor son los siguientes: enseñar a mis dos chicos la aritmética, un poco de gramática, el francés y la teneduría de libros. ¿Convenidos?

—Señor Don Pedro, Ud. me colma de favores. A duras penas logro conseguir en el pueblo la suma que Ud. me ofrece, y de ella salen el alquiler de la casa, el peso diario del gasto y el alumbrado, ¿cómo, pues, no admitir con regocijo, lo que Ud. me propone?

—Pues doblemos la hoja. La habitación de Ud. será la que ya conoce . . . junto a la pieza del administrador. No es muy grande; consta de dos cuartos bastante amplios y bien ventilados. Además, Ud. tiene como suya toda la casa. Más que como empleado, como amigo. Conque ¿cuándo puede Ud. instalarse?

—Mañana mismo, si Ud. quiere.

—No, mañana es domingo, y no está bien que se trabaje en la mudanza. Será el lunes.

Don Pedro se levantó de su sillón. Juan, confundido, se despidió, y así acabó, con regocijo de ambos, la entrevista.

IV

No pintaré la vida que llevaba Juan en la Hacienda de la Cruz. Trabajaba de nueve a doce con los niños, comía con la familia y en las tardes se iba de paseo o a leer en el banco del jardín. Poco a poco le fueron tomando cariño todos los de la casa; mas sin que tales muestras de afecto le envalentonaran ni le sacasen de quicio, como suele pasar a los que por soberbia creen merecerlo todo. Juan consideraba que era un pobre empleado de Don Pedro, y que como tal, debía tratarle con respeto, lo mismo que a los demás de la familia. Y a la verdad que ni con linterna se hallarían personas más sencillas ni más buenas que la esposa y las hijas de Don Pedro. Ni una brizna de orgullo había en aquellas almas de incomparable mansedumbre. Juana, la hija mayor, era un poquito cascarrabias. También era la que llevaba el peso de la casa y tenía que tratar con los criados. Pero sus impacencias y corajes eran siempre tan momentáneos como el relámpago. Enriqueta tenía mayor dulzura de carácter. Y en cuanto a la señora, caritativa, franca, inteligente merecía ser tan feliz como lo era.

Juan agradecía a Don Pedro y su familia más que la distinción con que le trataban, el cariño que habían manifestado a Rosita.

Enriqueta particularmente, era la más tierna con la niña. Parecía una madre; pero una madre doblemente augusta: madre y virgen. Muchas veces, Juan intentó poner prudentemente coto a tales mimos, temeroso, tal vez con fundamento, de que la niña se mal acostumbrase y ensoberbeciera. Mas ¡qué padre no ve con alborozo la dicha de su hija! Lo que pasó fué que, gradualmente aquellas solicitudes de Enriqueta, aquel tierno cuidado, despertaron en Juan un blando amor, escondido primero bajo el disfraz de la gratitud, pero después tan grande, tan profundo y tan violento, como oculto, callado y reprimido. El trato continuo, el diario roce de aquellas almas buenas y amorosas, daban pábulo a la pasión intensa del desgraciado preceptor. Pero Juan conocía perfectamente lo irrealizable que era su ideal. Estaba allí en humilde condición, acogido, es verdad, con mucho aprecio; mas distante de la mujer a quien amaba como lo están los lagos de los soles. ¿Sabía, acaso, cuáles eran los propósitos de sus padres? Habíanla instruido y educado con esmero no para compañera de un pobre hombre que nada podría darle, fuera del amor, sino para mujer de un hombre colocado en digna y superior categoría. Si la hablara de amor, sería como el hombre a quien hospedan por bondad en una casa, y aprovechando la ocasión más favorable, se roba alguna joya. No; Juan no lo haría seguramente. Corresponder de tal manera a los favores

que Don Pedro le había hecho, hubiera sido falta de nobleza. Mil veces, sin embargo, el amor, que es gran sofista, le decía en voz muy baja: «¿Por qué no?»

V

Bien comprendía Juan la imposibilidad de que su amor permaneciera oculto mucho tiempo; pero medroso y convencido de su propia desgracia, alejaba adrede el día de la inevitable confesión. A solas, en la obscuridad de su alcoba o en el silencio del jardín, imaginaba fácil y hacedero lo que después le parecía imposible. Mas como siempre nos inclinamos a creer aquéllo que nos agrada, poco a poco, la idea de que sus sueños no eran de todo punto irrealizables, como al principio sospechó, fué ganando terreno en su entendimiento. Parecían favorecer esta transformación moral, las continuas solicitudes de Enriqueta, cada vez más tierna y bondadosa con Rosita y más amable con el pobre Juan. Este interpretaba tales muestras de cariño como prendas de amor, y hasta llegó a creer—¡tan fácil es dar oído a la presuntuosa vanidad!—que Enriqueta le amaba y que tarde o temprano realizaría sus ilusiones. ¿Con qué contaba Juan para subir a ese cielo entrevisto en sus alucinaciones y sus éxtasis? Con el gran cómplice de los enamorados y soñadores: con lo inesperado

Lo peor para Juan era el trato íntimo que tenía con Enriqueta. Vivía en su atmósfera y sentía su amor sin poseerlo, como se embriagan los bodegueros con el olor del vino que no beben. Cada día Juan encontraba un nuevo encanto en la mujer amada. Era como si asistiese al tocador de su alma y viera caer uno a uno todos los velos que la cubrieran. Además, nada hay tan invenciblemente seductor como una mujer hermosa en el abandono de la vida íntima. Juan miraba a Enriqueta cuando salía de la alcoba, con las mejillas calientes aún por el largo contacto de la almohada. Y la veía también con el cabello suelto o recostada en las rodillas de la madre. Y cada actitud, cada movimiento, cada ademán, le descubrían nuevas bellezas. E igual era el crecimiento de su admiración en cuanto atañe a la hermosura moral de Enriqueta. Todas esas virtudes que buscan la oscuridad para brillar y que nunca adivinan los profanos; todos esos atractivos irresistibles que la mujer oculta avara, a los extraños y de que sólo goza la familia, aumentaban la estimación de Juan y su cariño. Tenían, además, aquellas dos vidas un punto de coincidencia: Rosita. Enriqueta prodigaba a la niña todas las ternezas y cuidados de una madre joven; de una madre que fuera a la vez como la hermana mayor de su hija. Cierta vez la niña enfermó. Fué necesario llamar a un Doctor de México cuyo viaje fué costado

por Don Pedro. Enriqueta no abandonó un solo momento a la enfermita.

La veló varias noches, y al ver a Juan desfallecido de dolor, le decía cariñosamente.

—No desespere usted, la salvaremos. Ya le he rogado a nuestra madre de la Luz que nos la deje. Venga usted a rezar conmigo la novena.

La niña sanó; pero el mísero Juan había empeorado. Precisamente el día en que el Médico la dió de alta, Juan fué al comedor de la hacienda. Habían servido ya la sopa cuando Don Pedro dijo en alta voz:

—Hoy es un día doblemente fausto. Rosita entra en plena convalecencia y llega Carlos a la hacienda.

Luego, inclinándose al oído de Juan, agregó:

—Amigo mío, para usted no tenemos secretos porque es ya de la familia: Carlos es el novio de Enriqueta.

VI

Cómo! Enriqueta tenía novio! He aquí que lo inesperado, ese gran cómplice en quien Juan confiaba, se volvía en contra suya. Y cuando!... Cuando después de aquella enfermedad de la niña, durante la cual Enriqueta había dividido con él las zozobras y los cuidados, era más viva y más intensa su pasión.

Juan creyó morir de congoja y al volver a su

pieza y ver a su hija que le tendía los escuálidos bracitos, exclamó como en aquellos instantes supremos que siguieron al abandono de su esposa: —¡Ay, pobre hija, ya no tienes madre!—Con efecto, ¿no era Enriqueta la madre de Rosita? Pues también la iba a dejar huérfana, como la otra, a irse con un hombre a quien Juan no conocía aún, pero que odiaba. ¿Quién era aquel Carlos? Probablemente un rico los pobres ponen siempre en defecto a los que odian. ¡Buen mozo! Juan no lo era y comprendía instintivamente que el triunfo de su rival era debido a las cualidades de que él carecía. Inteligente No, inteligente no—murmuró Juan.

Poco a poco, la luz se fué haciendo en el cerebro del desgraciado preceptor. Y comenzó a explicarse claramente cuantos ademanes, acciones y palabras de Enriqueta interpretó favorablemente a su pasión. Era aquello un deshielo de pasiones. El sol calentaba con sus rayos la estatua de nieve y la figura deshacíase. Juan decía para sí:

«Qué necio fui! Yo tenía un tesoro de miradas, sonrisas y palabras; esto es, diamantes, perlas y oro. Y ahora un extranjero viene a mí, se acerca y me dice con tono imperioso:—Devuélveme cuanto posees. Nada de eso es tuyo. Todo es mío. ¿Recuerdas el rubor que tñó su rostro, cuando delante de tí le preguntaron si amaba a alguien? Tú imaginaste que ese rubor era la sombra de tu al-

ma y no era más que el calor de la mfa. Una tarde la hallaste sola en el jardín y echó a correr para que no la vieras. —Me huye, porque sabe mi cariño—dijiste para tus adentros.—¡Pobre loco! Te esquivaba para ocultar la carta que yo le escribí y que ella leerá con los labios. Y esas miradas húmedas de amor que clavaba en tu rostro algunas noches iban dirigidas a mí. Hasta al acariciar la cabecita de tu hija pensaba en los niños que tendríamos, y por lo tanto, en mí también. Cuantos recuerdos tienes son robados. Devuélveme tus joyas una a una.»

Y cada vez se iba quedando más pobre y más desnudo. Hasta que al fin sus piernas flaquearon y cayó desfallecido en el suelo.

Juan no murió de pena porque la muerte no se apiada nunca de los infelices. En la noche de aquel terrible día llegó Carlos a la hacienda; Juan no quiso bajar al comedor, pero desde su pieza, sentado a la cabecera de la cama en donde dormía su hija convalesciente, escuchaba el ruido de los platos y las alegres risas de los comensales. ¿Cómo sería Carlos? La curiosidad impulsaba a Juan a salir calladito e ir a espiar por el agujero de la llave. Pero la repugnancia que el novio de Enriqueta le inspiraba y el caimiento de su ánimo, lo detuvieron. A poco rato cesó el ruido, Juan oyó los pasos del recién llegado que atravesaba el patio tarareando una mazurca; la conversación de los criados que limpiaban la vajilla en la cocina y

luego pisadas de mujer que se acercaban. Entonces recordó. Enriqueta tenía costumbre de ir todas las noches y antes de acostarse a ver a su enfermita y curarla bien. ¡Iba a entrar a la alcoba! Juan no tuvo tiempo más que para ocultar la cabeza entre sus brazos, tendido en la cama y fingir que dormía. ¿Para qué verla? Sobre todo, el llanto puede sofocarse mientras no se habla; pero las palabras abren, al salir, la cárcel de las lágrimas, y éstas se escapan.

Enriqueta entró de puntillas, y, viendo a Juan con extrañeza titubeó algunos momentos antes de acercarse a la cama. Por fin se aproximó. Con mucho tiento y procurando hacer el menor ruido posible, cubrió bien a la niña con sus colchas. Después se inclinó para besar en las mejillas y en la frente a su enfermita. Juan oyó el ruido de los besos y sintió la punta de los senos de Enriqueta rozando uno de sus brazos. Tenía los ojos apretadamente cerrados y se mordía los labios. Cuando el ruido de las pisadas de Enriqueta se fué perdiendo poco a poco en el sonoro pasadizo, Juan se soltó a llorar.

VII

¿Para qué referir uno a uno sus padecimientos? Tres meses después de aquella noche horrible, Enriqueta se casaba en la Capilla de la hacienda. Y—¡cosa extraña!—Juan, que no había tocado el

órgano en mucho tiempo, iba a tocarlo durante la ceremonia religiosa. La víspera de aquel día solemne, Don Pedro dijo al infortunado preceptor:

—Mañana, amigo mío, es día de fiesta para la familia. Carlos es buen muchacho y hará la felicidad de Enriqueta. Ano ser por esta consideración, le aseguro a usted que estaríamos muy tristes..... Ya usted lo ve..... ¡Enriqueta es la alegría de la casa y se nos va! Pero hay que renunciar al egoísmo y ver por la ventura de los nuestros. Estas separaciones son necesarias en la vida. Yo quiero que la boda sea solemne. Verá usted amigo mío, verá usted qué canastilla de boda le ha preparado a la muchacha su mamá. Ya pierdo la cabeza y me aturdo con tantos preparativos. Casamos a Enriqueta en la Capilla, para ahorrarnos los compromisos que habríamos tenido en México; pero fué necesario, sin embargo, invitar a los parientes más cercanos y a los amigos íntimos. Y ya habrá usted notado el barullo de la casa. No hay un rincón vacío. Pero a todo ésto, olvidaba decir a usted lo más urgente. Quiero, amigo Don Juan, que mañana nos toque usted el órgano. Ya sé que hace usted maravillas. El órgano de la Capilla es malejo; pero he mandado que lo afinen. Con que ¿puedo confiar en su bondad?

Juan aceptó. Había pensado no pasar el día en la casa; irse con cualquier pretexto al pueblo, al monte, a un lugar en que estuviera solo. Pero fué necesario que apurase el cáliz. ¡Convenido!

Iba a tocar el órgano en el matrimonio de su amada. ¡Qué amarga ironía!

Pasó la víspera encerrado en su cuarto. ¡Qué día aquél! Al pasar por una de las salas, para ir al escritorio de Don Pedro, que le mandó llamar, Juan vió sobre la mesa la canastilla de boda de Enriqueta. Casualmente la mamá estaba cerca y quiso enseñar a Juan los primores que guardaba aquella delicada cesta de filigrana. Y Juan vió todo: los pañuelos de finísima batista, el collar de perlas, los encajes de Bruselas, las camisas transparentes y bordadas, que parecían tejidas por los ángeles.

Por fin amaneció el día de la boda; Juan, que no había podido pegar los ojos en toda la noche, fué a la Capilla, aún oscura y silenciosa. Ayudó a encender los cirios y a arreglar las bancas. Después, concluida la tarea, subió al coro; Rosita le acompañó. La pobre niña estaba triste. Enriqueta la había olvidado por un novio y por los preparativos de su matrimonio. Además, con esa perspicacia de las niñas que han sufrido, Rosita adivinaba que su padre sufría.

Desde el coro podía mirarse la Capilla de un extremo a otro. Poco a poco se fué llenando de invitados. Por la ventana que daba al patio, se veía la doble hilera de los peones de la hacienda formadas en compactos batallones. A las siete, los novios acompañados de los padrinos, entraron a la Capilla. ¡Qué hermosa estaba Enriqueta! Pa-

recía un ángel vestido de sus propias alas. Se arrodillaron en las gradas del altar; salió el señor cura de la sacristía precedido de la dorada cruz y los ciriales, llenó el presbiterio la aromática nube del incienso y comenzó la ceremonia. Juan tocó primero una marcha de triunfo. Habríase dicho que las notas salían de los angostos tubos del órgano, a caballo, tocando las trompetas y moviendo cadenciosamente las banderas. Era una armonía solemne, casi guerrera, un arco de triunfo hecho con sonidos, bajo el cual pasaban los arrogantes desposados. De cuando en cuando, una melodía tímida y quejumbrosa se deslizaba como un hilo negro en aquella tela de notas áureas. Parecía la voz de un esclavo, unido al carro del vencedor. En esa melodía fugitiva y doliente se revelaba la aflicción de Juan, semejante a un enorme depósito de agua del que sólo se escapa un tenue chorro. Después las ondas armoniosas se encrespaban, como el bíblico lago de Tiberiades. El tema principal saltaba en la superficie temblorosa, como la barca de los pescadores sacudida por el oleaje. A veces una ola lo cubría y durante breves instantes quedaba sepultado e invisible. Pero luego, venciendo la tormenta, aparecía de nuevo airoso, joven y gallardo, como un guerrero que penetra, espada en mano, por entre los escuadrones enemigos, y sale chorreando sangre, pero vivo.

Aquel extraño acompañamiento era una impro-

visación. Juan tocaba traduciendo sus dolores; era el único autor de esa armonía semejante a una fuga de espíritus en pena, encarcelados antes en los tubos. Al salir disparados con violencia por los cañones de metal, las nectas se retorcián y se quejaban. En ese instante, el sacerdote de cabello cano unía las manos blancas de los novios.

Después la tempestad se serenó. Cristo aparecía de pie sobre las olas del furioso lago, cuyas movibles ondas se aquietaron. Una tristeza inmensa, una melancolía infinita sucedió a la tormenta. Y entonces la melodía se fué suavizando: era un mar, pero un mar tranquilo, un mar de lágrimas. Sobre esa tersa superficie, flotaba el alma dolorida de Juan. El pobre músico pensaba en sus ilusiones muertas, en sus locos sueños, y lloraba muy quedo, como el niño que, temeroso de que lo reprendan, oculta su cabecita en un rincón. En la ternura melódica se unían los sollozos, las canciones monótonas de los esclavos y el tristísimo son del «alabado». Vefía con la imaginación a Enriqueta, tal como estaba la primera noche que él pasó en la hacienda, allí, en esa misma Capilla, hoy tan resplandeciente y adornada. La veía rezando el rosario, envuelta por un rebozo azul oscuro. Bien se acordaba: cuando todos salieron paso a paso, Enriqueta, que era la última en levantarse, se acercó al cuadro de la Virgen de la Luz, colgado en uno de los muros y tocó

con sus labios las sonrosadas plantas de la imagen. ¡Cuánto la había querido el pobre Juan! ¡Se acabó! ¿A qué vivir? Allí está la lujosa y elegante al lado de su novio que sonreía de felicidad. Y cada vez la melodía era más triste. En el momento de la elevación, las campanas sonaron y se oyó el gorjear de muchos pájaros asomados en las ojivas. Era el paje a quien obligan a cantar y que resuelto, tira el laúd, diciendo: «¡ya no quiero!» Mas, a poco, la música azotada por la mano colérica del ámo, volvió a sonar más melancólica que antes. Hasta que al fin, cuando la misa concluía, las notas conjuradas y rabiosas, estallaron de nuevo en una inmensa explosión de cólera. Y en medio de esa confusión, en el tumulto de aquel escape de armonías mutiladas y notas heridas, se oyó un grito. El aire continuó vibrando por breves momentos. Parecía un gigante que refunfuñaba. Y luego, el coro quedó silencioso, mudo el órgano, y en vez de melodías o himnos triunfales, se oyeron los sollozos de una niña.

Era Rosita que lloraba sin consuelo abrazada al cadáver de su padre.

HUMORADA DOMINICAL.

Julio 10 de 1887.

CASI cuantas noticias llegan del interior de la República se refieren a inundaciones y estragos causados por el exceso de las lluvias. La niña que oye el ruido de la lluvia, mientras borda unas pantuflas para el padre; el pensador que escribe en el silencio de su gabinete; el trasnochado paseante a quien la lluvia empapa hasta los huesos, piensan a veces en las pobres víctimas a quienes ha dejado sin casa y sin hogar la ira desapiadada de las nubes.

¿Qué es una tromba? El abismo de arriba que nos sorbe; el vampiro negro que muerde la nuca de una aldea y chupá hasta la postrera gota de su sangre. Aquí, en las calles, en los sitios públicos, en las casas tan sólidas y firmes, la tromba inspira poco o ningún miedo. Las nubes son para nosotros la cortina de sol que pone el cielo para templar la atmósfera del mundo. En ocasiones

nos enfadan y molestan, y suelen hacernos travesuras de mal género; rociarnos la cara con sus jeringas invisibles; escupirnos, como esos charlatanes que al hablar se aproximan a nosotros y nos mojan el rostro de saliva; sobre todo, las nubes nos obligan a comprar paraguas y, lo que es peor todavía, a salir con él. Pero, en resumen, las nubes son atentas, serviciales; las maldecimos cuando impiden un paseo, cuando interrumpen una visita, cuando nos manchan un sombrero nuevo; mas no tenemos frases elocuentes para alabar la prontitud y eficacia con que suavizan la temperatura, riegan las calles y ahogan las calenturas perniciosas. La prueba es que cuando la estación de lluvias se retarda, todos vemos con odio el azul transparente de los cielos, parecido en lo claro y brillante a la pupila de una mujer sin corazón. Queremos que las lágrimas lo empañen, y desde la enhiesta espiga que el sol quema, hasta la niña rubia que se muere de calor, cuanto vive en la naturaleza es una inmensa inspiración al agua. Para sentir el hondo miedo que producen las nubes, es necesario haberlas contemplado desde el puente de un barco o desde el campanario de una aldea acurrucada al pie de la montaña. Recuerdo haber oído de los labios vulgares de un labriego el relato de una terrible inundación.

La mañana de aquel terrible día—contaba con acento dolorido—fué húmeda y brumosa. A lo lejos se oía el resuello colosal del río. Desde las

ocho comenzó a llover: una lluvia que parecía brincar en los tejados como si fuera de cabezas de alfiler, nos tenía confinados en la casa. Yo vivía en el molino con mi esposa, mi padre y mis dos hijos. Mi padre, enfermo y en edad muy avanzada, no podía trabajar, y apenas, en los días de primavera, daba unos pasos en el campo. Lo demás del año lo pasaba tendido en un sitial que por las tardes acercaba a la ventana. Por fortuna, yo estaba fuerte aún, sano, robusto, y a fuerza de trabajar en el molino que tenía en arrendamiento, ganaba lo bastante para el sustento y vestido de los míos. El primogénito comenzaba a ayudarme en el trabajo, como que tenía ya más de doce años. María, la pequeñuela, con ser tan chica como era, servía de mucho a la mamá en las haciendas y faenas de la casa. Y como no me espanta la labor, por penosa que sea, y como amaba locamente a mi familia, bien puedo asegurar que era feliz.

La mañana de que hablo no salió ninguno de la casa. Era ésta de tablones de madera, pero bien ajustados y pulidos para que el aire no lo-grase entrar. Por miedo de que los niños enfermasen—porque daña y enferma la humedad—la hicimos alta. Recuerdo aún con cuanto gozo la veía, cuando, al volver de mis constantes excursiones a los pueblos cercanos, donde vendía a buen precio las harinas, divisaba el esbelto cono

de su techo, las paredes pintadas de encarnado y la airosa escalera puesta al frente.

Pero... con mis recuerdos y memorias prolongo la narración y la distraigo de su objeto. Como decía, esa triste mañana no salimos. Fue necesario prender luz para almorzar, porque la bruma era muy densa y apenas nos veíamos los semblantes. Santiago—mi hijo—y yo pasamos largas horas en escribir, a la luz escasa de un mechero, las cuentas del molino, que, por ser día de fiesta, abandonamos. Apenas nos sentamos en la mesa, cuando el agua arreció. No era entonces ya la lluvia helada y menudita que chisporroteaba en el tejado. Caían chorros del cielo, y a la vez parecía que el aire espeso se iba trocando en una lámina de plomo. Margarita—mi esposa—estaba triste y asustada. Rogando a Dios que conjurase la tormenta, prendió el cirio bendito que el cura le regaló el día de Pascua. De cuando en cuando, sus amados labios se entreabrían rezando el *Magnificat*. Mi padre, por enfermo, no comió: dormía en la pieza contigua sin que los rezos ni el chubasco le inquietasen. María—mi querubín de negros ojos—no quiso separarse ni un momento del lado de la madre. La víspera había comprado una muñeca en la feria del pueblo, y la arrullaba suavemente entre sus brazos.

Al caer la tarde, la lluvia era verdaderamente torrencial.

Santiago se atrevió a salir fuera de la casa

para medir el peligro cara a cara. Al volver, me dijo algunas palabras en voz baja.

El río empezaba a desbordarse. Con efecto, a poco rato el agua que inundaba la campiña subía dos gradas en la escalera de la casa. Era preciso huir; más, ¿de qué modo? El pueblo estaba lejos, y además no podíamos marchar a la intemperie, llevando en hombros a mi anciano padre. Más cuerdo era esperar, confiando en Dios. De codos en el pretil de la ventana, sintiendo el frío penetrante de la lluvia, pasé una hora. María estaba dormida en su camita, abrazando la muñeca. El río, como un titán colérico, se revolvía en su cauce, sacando afuera un medio brazo, medio cuerpo, y rugiendo como una fiera encadenada. El clamor sordo del abismo llegaba a mis oídos como un toque de muerte. La niebla nos había ocultado en la mañana la crecida del río; pero, en aquél instante era imposible ya cerrar los ojos a la inminencia del peligro. Relinchaban los caballos en las caballerizas y los bueyes mugían en el establo. Vislumbres movedizos de acero indicaban la marcha de la inundación. Margarita azorada, lanzó un grito.

—No te asustes—le dije;— el agua ya no puede subir más.

—No hay peligro ninguno, madre mía—agregaba Santiago;— la casa es sólida y resistirá.

Pero, entre tanto, crecía el clamor inmenso de

las aguas y aumentaba el espanto de las bestias en los corrales y caballerizas.

De repente, un estruendo formidable sacudió la campiña. El agua corría con la violencia de una fiera que rompe los barrotes de su jaula.

Oímos el crugir de la madera desquebrajada, y caballos y bueyes derribando las puertas, echaron a correr por la llanura. El grueso de las aguas en el río, arrastraba cuerpos de animales y troncos descuajados y peñascos.

Ya era preciso huir; pero ¿por dónde? La inundación subía y era imposible atravesar el llano a pie. Y subía más minuto por minuto, siendo ya como una mar que se incorpora. Entonces, con martillos y tenazas, rompimos los tablones de madera.

Mi padre, mi mujer, mi hija María, todos pedían misericordia, pero sus gritos se ahogaban en el tumulto de las aguas. A fuerza de trabajos, espoleados por el instinto de conservación, logramos improvisar en corto espacio, una imperfecta balsa de madera.

Mi padre entró primero, luego mi esposa con María en los brazos, en seguida Santiago y al último yo. Y la balsa pequeña y mal unida, comenzó a caminar sobre las aguas. Y sin decir una palabra sola, nos acercamos los unos a los otros, como si así quisiéramos impedir que la muerte nos separase. Yo contemplaba el río y decía en mi interior:—¡Infame! ¡Infame!—En sus ribe-

ras, fértiles y amenas, hablé por primera vez con Margarita. Entonces sus rumores cadenciosos acompañaban mis conversaciones. Pero en aquel minuto de pavor, era el vil asesino que se erguía para hundirme en el pecho un puñal!

Aumentaba la fuerza de las aguas. A cada instante creíamos ver la luz de un bote o la hoguera encendida en la azotea de alguna casa. ¿Nos acercábamos al pueblo o nos alejábamos de él? ¡Imposible saberlo! La obscuridad era absoluta. Y así pasamos cuatro o cinco horas esperando el socorro que no venía por parte alguna. Poco a poco el río se iba apoderando de nosotros. La corriente de las aguas nos arrastraba a él sin que hubiera camino de evitarlo. Y de improviso un recio tronco chocó con nuestra balsa y todos nos hundimos en el agua!.....

El mismo choque me arrojó fuera del río a los terrenos inundados. Allí pude nadar con mi hija en hombros. Pero, ¿y mi padre? ¿y Margarita? ¿y Santiago? ¡Todos arrebatados por la avenida! ¡Todos perdidos sin remedio! ¡Infame! ¡Infame! No sé cuántas horas duró mi brega con el abismo. Amaneció. Gentes del pueblo me recogieron con mi hija en un bote de pescadores. Estábamos en salvo; pero ¡ay! mi padre, mi mujer y Santiago dormían bajo el sudario de las aguas. Mi casa y mi molino desplomados, sepultaron con ellos mi fortuna. Sólo María salvó de aquel desastre la muñeca que el día anterior había comprado.

HISTORIA DE UN PESO FALSO.

PARECIA bueno! ¡Limpio, muy cepilladito, con su águila a guisa de alfiler de corbata, y caminando siempre por el lado de la sombra, para dejar al sol la otra acera! No tenía mala cara el muy bellaco y el que sólo de vista lo hubiera conocido no habría vacilado en fiarle cuatro pesetas. Pero.....crean Uds. en las canas blancas y en la plata que brilla! Aquel peso era un peso teñido: su cabello era castaño, de cobre, y él por coquetería, porque le dijeran «es Ud. muy Luis XIV» se lo había empolvado.

Por supuesto, era de padres desconocidos. ¡Estos pobrecitos pesos siempre son expósitos! A mí me inspiran mucha lástima y de buen grado los recogería; pero mi casa, es decir, la casa de ellos, el bolsillo de mi chaleco, está vacío, desamueblado, lleno de aire, y por esto no puede recibirlos. Cuando alguno me cae, procuro colocarlo en una cantina, en una tienda, en la contaduría

del teatro; pero hoy están las colocaciones por las nubes y casi siempre se queda en la calle el pobre peso.

No pasó lo mismo, sin embargo, con aquel de la buena facha, de la sonrisa bonachona, y del águila que parecía de verdad. Yo no sé en donde me lo dieron; pero sí estoy cierto de cual es la casa de comercio en donde tuve la fortuna de colocarlo, gracias al buen corazón y a la mala vista del respetable comerciante cuyo nombre callo por no ofender la cristiana modestia de tan excelente sujeto y por aquello de que hasta la mano izquierda debe ignorar el bien que hizo la derecha.

Ello es que, como un beneficio no se pierde nunca, y como Dios recompensa a los caritativos, el generoso padre putativo de mi peso falso no tardó mucho en hallar a otro caballero que consintiera en hacerse cargo de la criatura. Cuentan las malas lenguas que este rasgo filantrópico no fué del todo puro; parece que el nuevo protector de mi peso (y téngase entendido que el comerciante a quien yo encomendé la crianza y educación del pobre expósito era un cantinero) no se dió cuenta exacta de que iba a hacer una obra de misericordia, en razón de que repetidas libaciones habían obscurecido un tanto cuanto su vista y entorpecido su tacto. Pero, sea porque aquel hombre poseía un noble corazón, sea porque el cognac predispone a la benevolencia, el caso es que mi hombre recibió el peso falso, no con los brazos

abiertos, pero sí tendiéndole la diestra, Dió un billete de a cinco duros, devolvióle cuatro el cantinero, y entre esos cuatro, como amigo pobre en compañía de ricos, iba mi peso.

Pero ¡Vean Uds. como los pobres somos buenos y como Dios nos ha adornado con la virtud de los perros: la fidelidad! Los cuatro capitalistas, los cuatro pesos de plata, los aristócratas, siguieron de parranda. ¡Es indudable que la aristocracia está muy corrompida! Éste se quedó en una cantina; ése, en la Concordia, aquél en la contaduría del teatro. ¡Sólo el peso falso, el pobreton, el de la clase media, el que no era centavo ni tampoco persona decente, siguió acompañando a su generoso protector como Cordelia acompañó al rey Lear. En la Concordia fué donde lo conocieron; allí le echaron en cara su pobreza y no le quisieron fiar ni servir nada. La última moneda buena se escapó entonces con el mozo, (no es bueno que una señorita bien nacida se fugue con algún pinche de cocina) y allí quedó el pobre peso, el que no tenía ni un real, pero sí un corazón que no estaba todavía metalizado, acompañando al amparador de su orfandad, en la tristeza, en el abandono, en la miseria. . . . ¡Lo mismo que Cordelia al lado del rey Lear!

¡De veras enternecen estos pesos falsos! Mientras los llamados buenos, los de alta alcurnia, los nacidos en la opulenta casa de Moneda, llevan mala vida y van pasando de mano en mano como

los periodistas venales, como los políticos tráfugas, como las mujeres coquetas; mientras estos viciosos impenitentes trasnochan en las fondas, compran la virtud de las doncellas y desdeñan al menestero para irse con los ricos: el peso falso busca al pobre, y no lo abandona a pesar del mal trato que éste le da siempre; no sale; se está en su casa encerradito; no compra nada; y espera, como solo premio de virtudes tan excel-sas, el martirio; la ingratitud del hombre; ser aprehendido, en fin de cuentas, por el gendarme sin entrañas o morir clavado en la madera de algún mostrador como murió San Dimas en la cruz. ¡Pobres pesos falsos! A mí me parten el alma cuando los veo en manos de otros.

El de mi cuento, sin embargo, había empezado bien su vida. ¡Dios lo protegía por guapo, sí, por bueno, a pesar de que no creyera el escéptico mesero de la Concordia en tal bondad; por sencillo, por inocente, por honrado. A mí no me robó nada; al cantinero tampoco, y al caballero que le sacó de la cantina, en donde no estaba a gusto porque los pesos falsos son muy sobrios, le recompensó la buena obra, dándole una hermosa ilusión; la ilusión de que contaba con un peso todavía.

Y no sólo hizo eso. ¡ya verán ustedes lo que hizo!

El caballero se quedó en la fonda meditabundo y triste, ante la taza de té, la copa de Burdeos,

ya sin Burdeos, y el mesero que estaba parado enfrente de él como un signo de interrogación. Aquella situación no podía prolongarse. Cuando está alguien a solas con una inocente moneda falsa, se avergüenza como si estuviera con una mujer perdida; quiere que no lo vean, pasar de incógnito, que ningún amigo lo sorprenda. . . . Porque serán muy buenas las monedas falsas. ¡pero la gente no lo quiere creer!

Yo mismo, en las primeras líneas de este cuento, cuando aún no había encontrado un padre putativo para el peso falso, lo llamé bellaco. Tan imperioso es el poder del vulgo!

Todavía al caballero, en un momento de mal humor que no disculpo en él, pero que en mí habría disculpado, luego que quitaron los manteles de la mesa golpeó el peso contra el mármol, como diciéndole: ¡A ver, malvado, si de veras no tienes corazón!—¡Y vaya si tenía corazón! lo que no tenía el infeliz era dinero!

El caballero quedó meditabundo por largo rato. ¿Quién le había dado aquel peso? Los recuerdos andaban todavía por su memoria, como indecisos, como distraídos, como soñolientos. Pero no cabía duda: el peso era falso! Y lo que es peor, era el último!

Su dueño, entonces, se puso a hacer, no para uso propio, todo un tratado de moral.

—La verdad es—se decía—que yo soy un budaque. Esta tarde recibí en la oficina un bille-

te de a veinte. Me parece estarlo viendo.....
Londres, México... ..el águila... ..Don Benito
Juárez... ..y una cara de perro ¿A dónde está
el billete?

En los zarzales de la vida deja
Alguna cosa cada cual: la oveja
Su blanca lana; el hombre su virtud!

Y lo malo es que mi mujer esperaba esos veinte. Yo iba a darle quince... .. pero ¿de dónde cojo ahora esos quince?

El caballero volvió a arrojar con ira el peso falso sobre el mármol de la mesa. ¡Por poco no se le rompió al infortunado el águila, el alfiler de la corbata! La única ventaja con que cuentan los pesos falsos es la de que no podemos estrellarlos contra una esquina.

¡A la calle. La Esmeralda, que ya no baila sobre tapiz oriental ni toca donairosamente su pandero; la pobre Esmeralda que está ahora empleada en la esquina de Plateros y que, como los antiguos *serenos*, dá las horas, mostró a nuestro héroe su reloj iluminado: eran las doce de la noche.

A tal hora, no hay dinero en la calle. ¡Y era preciso volver a casa!

—Le daré a mi mujer el peso falso para el desayuno, y mañana... .. veremos. Pero nó! Ella los suena en el buró y así es seguro que no me escapo de la riña. ¡Maldita suerte... ..!

El pobre peso sufría en silencio los insultos y

araños de su padre putativo, escondido en lo más obscuro del bolsillo. Solo, tristemente solo!

El caballero pasó frente a un garito. ¿Entraría? Puede ser que estuviera en él algún amigo. Además, allí lo conocían... .. hasta le cobraban de cuando en cuando sus quincenas... .. Cuando menos podrían abrirle crédito por cinco duros... .. Volvió la vista atrás y entró de prisa como quien se arroja a la alberca.

El amigo cajero no estaba de guardia aquella noche; pero probablemente volvería a la una. El caballero se paró junto a la mesa de la ruleta. No sé qué encanto tiene esa bolita de marfil que corre, brinca, ríe y da o quita dinero; pero ¡es tan chiquitina! ¡es tan mona! ¡Se parece a Luisa Théo! Los pesos en columnas, se apercibían a la batalla formada en los casilleros del tapete verde. ¡Y estaba cierto nuestro hombre de que iba a salir el 32! ¡Lo había visto! ¿Pondría el peso falso... ..? La verdad es que aquello no era muy correcto... .. Pero, al cabo, en esa casa lo conocían... .. y... .. ¡cómo habían de sospechar... ..!

Con la mano algo trémula abrió la cartera como buscando algún billete de banco, (que por supuesto no estaba en casa) volvió a cerrarla, y sacó el peso, y resueltamente, con ademán de gran señor, lo puso al 32. El corazón le saltaba más que la bola de marfil en la ruleta. Pero vean ustedes lo que son las cosas! Los buenos mozos tienen mucho adelantado... .. Hay hombres que llegan

a ministros extranjeros, a ricos, a poetas, a sabios, nada más porque son buenos mozos. Y el peso aquel—ya lo había dicho—era todo un buen mozo..... un buen mozo bien vestido

—¡TREINTA Y DOS COLORADO!

La bola de marfil y el corazón del jugador se pararon, como el reloj cuya rueda se rompe. ¡Había ganado! Pero.....¿y si lo conocían.....? ¡No a él..... al otro..... al falso!

Nuestro amigo (porque ya debe ser amigo nuestro este hijo mimado de la dicha) tuvo un rasgo de genio. Recogió su peso desdeñosamente y dijo al que regenteaba la ruleta:

—Quiero en papel los otros treinta y cinco.

¡No lo habían tocado!... .. No lo habían conocido. Pagó el monte. Uno de veinte..... uno de diez..... y otro color de chocolate, con la figura de una mujer en camión y que está descansando de leer, separada por estas dos palabras: *Cinco Pesos*, del retrato de una muchacha muy linda, a quien el mal gusto del grabador le puso un águila y una vívora en el pecho. El de a diez y el color de chocolate eran para la señora que suena los pesos en la tapa del buró. El de a veinte, el de Juárez, el patriótico, era para nuestro amigo..... era el que al día siguiente se convertiría en copas, en costilla a la milanesa, y, por remate, en un triste y desconsolado peso falso!

¡Qué afortunados son los pesos falsos y los hombres pícaros!

Los que estaban alrededor del tapete verde hacían lado al dichoso *punto* para que entrase en el ruedo y se sentara. Pero, dicho sea en honra de nuestro buen amigo, él fué prudente, tuvo fuerza de ánimo, y volvió la espalda a la traidora mesa. Volvería, sí, volvería a dejar en ella su futura quincena: o propiamente hablando, el futuro imperfecto de su quincena, pero lo que es en aquella noche se entregaba a las delicias y los plizcos del hogar.

Quando se sintió en la calle con su honrado, su generoso peso falso, que había sido tan bueno; y con el retrato de Juárez, con el busto de un perro, y con el grabado que representa a una señora en camión, rebosaba alegría nuestro querido amigo. Ya era tan bueno como el peso falso, aquel honrado e inteligente caballero. Habría prestado un duro a cualquier amigo pobre; habría repartido algunos reales entre los pordioeros; caminando aprisa, aprisa por las calles, pensaba en su pobrecita mujer, que es tan buena persona y que lo estaría esperando.... para que le diera el gasto.

Puis, l'époux volage
Rentrant au logis,
Pour paraître sage
Prend des airs contrits
Il pense a sa femme
—Seul dans son lit—

Et de chez madame
 Un galan s'enfuit....!
 Voici l'aube vermeille,
 Etc.

Esto cantan en una opereta que se estrenó en París a fines del mes pasado y que se llama *El Huevo Rojo*; pero esto no lo tarareaba siquiera nuestro predilecto amigo, porque no lo sabía.

Al torcer una esquina, tropezó con cierto muchachito que voceaba periódicos y a quien llamaban el *inglés*. Y parecía inglés en verdad, porque era muy blanco, muy rubio y hasta habría sido bonito con no ser tan pobre. Por supuesto, no conocía a su padre... era uno de tantos pesos falsos humanos, de esos que circulan subrepticamente por el mundo y que ninguno sabe en donde fueron acuñados. Pero a la madre, ¡sí la conocía! Los demás decían que era mala. Él creía que era buena. Le pegaba. ¡Ese sería su modo de acariciar! También cuando no se come, es imposible estar de buen humor. Y muchas veces aquella desgraciada no comía. Sobre todo, era la madre: lo que no se tiene más que una vez! lo que vive poco; la madre que, aunque sea mala, es buena a ratos, aquella en cuya boca no suena el *tú* como un insulto... la madre, en suma... inada más la madre! Y como aquel niño tenía en las venas sangre buena—sangre colorida con vino, sangre empobrecida en las noches de orgía, pero

sangre, en fin, de hombres que pensaron y sintieron hace muchos años—amaba mucho a la mamá... y a la hermanita, la que vendía billetes... a esa que llamaban la *francesa*.

La madre, para él, era muy buena; pero le pegaba, cuando no podía llevarle el pobre una peseta. Y aquella noche—¡la del peso falso!—estaba el chiquitín con el *Nacional*, con el *Tiempo de mañana*, pero sin un centavo en el bolsillo de su desgarrado pantalón. ¡No compraba periódicos la gente! Y no se atrevía a volver a su accesoria, no por miedo a los golpes, sino por no afligir a la mamá.

Tan pálido, tan triste lo vió el afortunado jugador, que quiso, realmente quiso, darle una limosna. Tal vez le habría comprado todos los periódicos, porque así son los jugadores cuando ganan. Pero dar cinco pesos a un perillán de esa ralea era demasiado. Y el jugador había recibido los treinta y cinco billetes. No le quedaba más que el peso falso.

Ocurriósele entonces una travesura: hacer bofo al muchacho.

—Toma *inglés* para tus *hojas* con catalán, anda! Emborráchate. ¡Y allá fué el peso falso!

Y nó, el muchacho no creyó que lo habrían engañado. Tenía aquel señor tan buena cara como el peso falso. ¡Qué bueno era! Si hubiera recibido esa moneda para devolver siete reales y medio, cobrando el *Nacional* o el *Tiempo de mañana*,

la habría sonado en las losas del zaguán, cuyo umbral le servía casi de lecho; habría preguntado si era bueno o no al abarrotero que aun tenía abierta su tienda. Pero ¡de limosna! ¡Brillaba tanto en la noche! ¡Brillaba tanto para su alma hambrienta de dar algo a la mamá y a la hermanita! ¡Qué buen señor.... Habría ganado un premio en la lotería.... sería muy rico.... Quién sabe....

¡Qué buen señor era el del peso falso!

Le había dicho:—Anda, vé y emborráchate!... Pero así dicen todos.

Recogió el arrapiezo los periódicos, y corriendo como si hubiera comido, como si tuviera fuerzas, fué hasta muy lejos, hasta la puerta de su casa. No le abrieron. La viejecita (la llamó viejecita, aunque aporrear a ese muchacho, porque, al cabo era infeliz, era padre, era madre) se había dormido cansada de aguardar al *inglesito*. Pero ¿qué le importaba a él dormir en la calle? ¡Si lo mismo pasaba muchas noches! Y al día siguiente no lo azotarían....! Llegaba rico....! con un peso!

¡Ay, cuántas, cuántas cosas tiene adentro un peso para el pobre!

Allí, en el zaguán, encogido como un gatito blanco, se quedó el muchacho dormido. Dormido, sí; pero apretando con los dedos de la mano derecha, que es la más segura, aquel sol, aquella águila, aquel sueño! Durmió mal, no por la du-

reza del colchón de piedra, no por el frío, no por el aire, porque a eso estaba acostumbrado, pero sí porque estaba muy alegre y tenía mucho miedo de que aquel pájaro de plata se volara. ¿Crearán ustedes que ese muchacho jamás había tenido un peso suyo? Pues así hay muchísimos.

Además, el *inglesito* quería soñar despierto, hablar en voz alta con sus ilusiones.

Primero, el desayuno.... Bueno, un real para los tres! Pero los pesos tienen muchos centavos, y hacía tiempo que el *inglesito* tenía ganas de tomar un tamal con su *champurrado*. Bueno: real y tlaco. Quedaba mucho, mucho dinero.... No, él no diría que tenía un peso.... Aunque le daban tentaciones muy fuertes de enseñarlo, de lucirlo, de poseerlo, de sonárselo, como si fuera una sonaja, a la hermanita, de que lo viera la mamá y pensara: «Ya puedo descansar porque mi hijo me mantiene». Pero en viéndolo, en tomándolo, la mamá compraría un real de tequila. Y el muchacho tenía un proyecto atrevido: gastar un real, que iba a ser de tequila, en un billete. Y, sobre todo, recordaba el granuja que debía unos tlacos en la panadería, otros en la tienda.... y era imposible que la mamá los pagara si él le diera el peso. ¡Reales menos!

No! Era más urgente comprar manta para que la hermanita se hiciera una camisa. ¡La pobrecilla se quejaba tantísimo del frío.... Decididamente, a la mamá cuatro reales, un tostón.... y

los otros cuatro reales para él, es decir, para el *tamal*, para el billete para la manta... y quién sabe para cuántas cosas más! ¡Puede ser que alcanzara hasta para ir al circo!

¿Y si ganaba \$300 en la lotería con ese real? ¡Trescientos pesos! ¡No se han de acabar nunca! Esos tendría el señor que le dió el peso.

* * *

Vino la luz, es decir, ya estaba para llegar, cuando el muchacho se puso en pié. Barrián la calle... Pasaron unas burras con los botes de hojalata, en que de las haciendas próximas viene la leche... Luego pasaron las vacas... En Santa Teresa llamaban a misa... ¡Jaletinas!—gritó una voz árpera.

El rapazuelo no quiso todavía entrar a su casa. Necesitaba cambiar el peso. Llegaría tarde, a las seis, a las siete; pero con un tostón para la madre, con manta, con un bizcocho para la francesita y con un tamal en el estómago. Iba a esperar a que abrieran cierto tendajo, en el que vendían todo lo más hermoso, todo lo más útil, todo lo más apetecible para él: velas, indianas, santos de barro, madejas de seda, cohetes, soldaditos de plomo, caramelos, pan, estampas, títeres...

Fué paso a paso, porque todavía era muy temprano. Ya había aclarado. Pasó por San Juan de Letrán. De la pensión de caballos salía una her-

mosa yegua con albardón de cuero amarillo y llevada de la brida por el mozo de su dueño, alemán probablemente. Frente a la imprenta del «Monitor» y casi echados en las baldosas de la acera, hombres y chicuelos doblaban los periódicos todavía húmedos. Muchos de esos chicos eran amigos de él, y el primer impulso que sintió fué el de ir a hablarles, enseñarles el peso... Pero ¿y si se lo quitaban? El cojo, sobre todo, el cojo era algo malo!

De modo que el pillín siguió de largo.

Ya el tendajo estaba abierto. Y lo primero, por de contado, fué el tamal... y no fué uno, fueron dos; ¡al fin estaba rico! Y tras los tamales, un bizcocho de harina y huevo, un rico bollo que sabía a gloria. Querían cobrarle adelantado; pero él enseñó el peso con majestuosa dignidad.

—Ahora que compre manta, cambiaré. Y pidió dos varas de manta; compró un granadero de barro que valía cuartilla y al que tuvo la desdicha de perder en su más temprana edad, porque al cogerlo con la mano convulsa de emoción, se le cayó al suelo; le envolvieron la manta en un papel de estraza, y él, con orgullo, con el ademán de un soberano, arrojó por el aire el limpio peso, que al caer en el zinc del mostrador, dió un grito de franqueza, uno de esos gritos que se escapan en los melodramas, al traidor, al asesino, al verdadero delincuente. El español había oído... y atrapó al chiquitín por el pescuezo.

—¡Ladroncillo! ¡Ladrón....! ¡Vas a pagármelas!

.....
 ¿Qué pasó? El muñeco roto, hecho pedazos, en el suelo.... la india que gritaba.... el gachupín estrujando al pobre chico.... la madre, la hermanita, la francesita allá muy lejos.... más lejos todavía las ilusiones.... ¡y el gendarme muy cerca!

Una comisaría.... un herido.... un borracho.... gentes que le vieron mala cara.... hombres que lo acusaron de haber robado pañuelos; ¡a él, que se secaba las lágrimas con la camisa! Y luego la Correccional.... el jorobadito que lo enseñó a hacer malas cosas.... y afuera la madre que murió en el hospital, de diarrea alcohólica... y la hermanita, la francesa, a quien porque no vendía muchos billetes la compraron, y a poco, la pobrecilla se murió.

¡Señor! Tú que trocaste el agua en vino: Tú que hiciste santo al ladrón Dimas; ¿por qué no te dignaste convertir en bueno el peso falso de ese niño? ¿Por qué en manos del jugador fué peso bueno, y en manos del desvalido fué un delito? Tú no eres como la esperanza, como el amor, como la vida, peso falso. Tú eres bueno. Te llamas caridad. Tú que cegaste a Saulo en el camino de Damasco, ¿por qué no cegaste al español de aquella tienda?

LA NOVELA DEL TRANVÍA

CUANDO la tarde se oscurece y los paraguas se abren, como redondas alas de murciélagos, lo mejor que el desocupado puede hacer es subir al primer tranvía que encuentre al paso y recorrer las calles, como el anciano Víctor Hugo las recorre sentado en la imperial de algún ómnibus. El movimiento disipa un tanto cuanto la tristeza, y para el observador nada hay más peregrino ni más curioso que la serie de cuadros vivos que pueden examinarse en un tranvía. A cada paso, el wagón se detiene, y abriéndose camino entre los pasajeros que se amontonan y se apiñan, pasa un paraguas chorreando a Dios dar, y detrás del paraguas la figura ridícula de algún asendereado cobrador, calado hasta los huesos. Los pasajeros ondulan y se dividen en dos grupos compactos, para dejar paso expedito al recién llegado.

Así se dividieron las aguas del Mar Rojo para que los israelistas lo atrevesaran a pie enjuto. El

paraguas escurre sobre el entarimado del wagón que, a poco, se convierte en un lago navegable. El cobrador sacude su sombrero y un benéfico rocío baña las caras de los circunstantes, como si hubiera atrevesado por enmedio del wagón un sacerdote repartiendo bendiciones a hisopazos. Algunos caballeros estornudan. Las señoras de alguna edad levantan su enagua a una altura vertiginosa, para que el fango de aquel pantano portátil no la manche. En la calle, la lluvia cae conforme a las eternas reglas del sistema antiguo: de arriba para abajo. Más en el wagón hay lluvia ascendente y lluvia descendente. Se está, con toda verdad, entre dos aguas.

Yo, sin embargo, paso las horas agradablemente encajonado en esa miniatresca arca de Noé, sacampo la cabeza por el ventanillo, no en espera de la paloma que ha de traer un ramo de oliva en el pico, sino para observar el delicioso cuadro que la ciudad presenta en ese instante. El wagón, además, me lleva a mundos desconocidos y a regiones vírgenes. No, la ciudad de México no empieza en el Palacio Nacional, ni acaba en la calzada de la Reforma. Yo doy a ustedes mi palabra de que la ciudad es mucho mayor. Es una gran tortuga que extiende hacia los cuatro puntos cardinales sus patas dislocadas. Esas patas son sucias y velludas. Los ayuntamientos, con paternal solicitud, cuidan de pintarlas con todo mensualmente.

Más allá de la peluquería de Micoló, hay un pueblo que habita barrios extravagantes, cuyos nombres son esencialmente antiaperitivos. Hay hombres muy honrados que viven en la plazuela del Tequisquite y señoras de invencible virtud cuya casa está situada en el callejón de Salsipuedes. No es verdad que los indios bárbaros estén acampados en esas calles exóticas, ni es tampoco cierto que los pieles rojas hagan frecuentes excursiones a la plazuela de Regina. La mano providente de la policía ha colocado un gendarme en cada esquina. Las casas de esos barrios no están hechas de lodo ni tapizadas por adentro de pieles sin curtir. Son casas habitables, con escalera y todo. En ellas viven muy discretos caballeros, y señoras muy respetables y señoritas muy lindas. Estas señoritas suelen tener novios, como las que tienen balcón y cara a la calle en el centro de la ciudad.

* * *

Después de examinar ligeramente las torcidas líneas y la cadena de montañas del nuevo mundo porque atravesaba, volví los ojos al interior del wagón. Un viejo de levita color de almendra meditaba apoyado en el puño de su paraguas. No se había rasurado. La barba le crecía «cual ponzoñosa yerba entre arenales». Probablemente no tenía en su casa navajas de afeitar... ni una pese.

ta. Su levita necesitaba aceite de bellotas. Sin embargo, la calvicie de aquella prenda respetable no era prematura, a menos que admitamos la teoría de aquel joven poeta, autor de ciertos versos cuya dedicatoria es como sigue:

*A la prematura muerte de mi abuelita,
a la edad de 90 años.*

La levita de mi vecino era ya muy mayor. En cuanto al paraguas, vale más que no entremos en dibujos. Ese paraguas, expuesto a la intemperie, debía asemejarse mucho a las banderas que los independientes sacan a luz el 15 de septiembre. Era un paraguas calado, un paraguas metafísico, propio para mojarse con decencia. Abierto el paraguas, se veía el cielo por todas partes.

¿Quién sería mi vecino? De seguro era casado y con hijas. ¿Serían bonitas? La existencia de esas desventuradas criaturas, me parecía indisputable. Bastaba ver aquella levita calva, por la que habían pasado las cerdas de un cepillo, y aquel hermoso pantalón con su coqueto remiendo en la rodilla, para convencerse de que aquel hombre tenía hijas. Nada más las mujeres, y las mujeres de quince años, saben cepillar de esa manera. Las señoras casadas ya no se cuidan, cuando están en la desgracia, de esas delicadezas y finuras. Incuestionablemente, ese caballero tenía hijas.

¡Pobrecitas! Probablemente le esperaban en la ventana, más enamoradas que nunca, porque no habían almorzado todavía. Yo saqué mi reloj, y dije para mis adentros:—son las cuatro de la tarde. ¡Pobrecillas! ¡Va a darles un vahido! Tengo la certidumbre de que son bonitas. El papá es blanco y si estuviera rasurado no sería tan feote. Además, han de ser buenas muchachas. Este señor tiene toda la facha de un buen hombre. Me da pena que esas chiquillas tengan hambre. No habrá en la casa nada que empeñar. ¡Cómo los alquileres han subido tanto! ¡Tal vez no tuvieron con qué pagar la casa, y el propietario les embargó los muebles! ¡Mala alma! ¡Si estos propietarios son peores que Caín!

Nada; no hay para qué darle más vueltas al asunto: la gente pobre decente es la peor traída y la peor llevada. Estas niñas son de buena familia. No están acostumbradas a pedir. Cocen ajeno; pero las máquinas han arruinado a las infelices costureras y lo único que consiguen, a costa de faenas y trabajos, es ropa de munición. Pasan el día echando los pulmones por la boca. Y luego, como se alimentan mal y tienen muchas penas, andan algo enfermitas, y el Doctor asegura que, si Dios no lo remedia, se van a la caída de las hojas. Necesitan carne, vino, píldoras de fierro y aceite de bacalao. Pero, ¿con qué se compra todo esto? El buen señor se quedó cesante desde que cayó el Imperio, y el único hijo que habría podido ser

su apoyo, tiene rotas las dos piernas. No hay trabajo, todo está muy caro, y los amigos llegan a cansarse de ayudar al desvalido. ¡Si las niñas se casaran!... Probablemente no carecerán de admiradores. Pero como las pobrecitas son muy decentes y nacieron en buenos pañales, no pueden prendarse de los ganapanes ni de los pollos de plazuela. Están enamoradas sin saber de quién, y aguardan la venida del Mesías. ¡Si yo me casara con alguna de ellas!... ¿Por qué no? Después de todo, en esa clase suelen encontrarse las mujeres que dan la felicidad. Respecto a las otras, ya sé bien a qué atenerme.

¡Me han costado tantos disgustos! Nada, lo mejor es buscar una de esas chiquillas pobres y decentes, que no están acostumbradas a tener palco en el teatro ni carruajes, ni cuenta abierta en la Sorpresa. Si es joven, yo la educaré a mi gusto. Le pondré un maestro de piano. ¿Qué cosa es la felicidad? Un poquito de amor, un poquito de salud y un poquito de dinero. Con lo que yo gano, podemos mantenernos ella y yo, y hasta el angelito que Dios nos mande. Nos amaremos mucho, y como la voy a sujetar a un régimen higiénico, se pondrá en poco tiempo más fresca que una rosa. Por la mañana, un paseo a pié en el Bosque. Iremos en un coche de a cuatro reales hora, o en los trenes. Después, en la comida, mucha carne, mucho vino y mucho fierro. Con eso y con tener una casita por San Cosme; con

que ella se vista de blanco, de azul o de color de rosa; con el piano, los libros, las macetas y los pájaros, ya no tendré nada que desear.

Una heredad en el bosque;
Una casa en la heredad;
En la casa pan y amor...
¡Jesús, qué felicidad!

Además, ya es preciso que me case. Esta situación no puede prolongarse, como dice el gran duque en la «Guerra Santa.» Aquí tengo una trenza de pelo que me ha costado cuatrocientos setenta y cuatro pesos, con un pico de centavos. Yo no sé de dónde los he sacado: el hecho es que los tuve y no los tengo. Nada; me caso decididamente con una de las hijas de este buen señor. Así las saco de penas y me pongo en orden. ¿Con cuál me caso? ¿con la rubia? ¿con la morena? Será mejor con la rubia... digo, no, con la morena. En fin, ya veremos. ¡Pobrecillas! ¿Tendrán hambre?

En ésto, el buen señor se apea del coche y se va. Si no lloviera tanto—continué diciendo para mis adentros—le seguía. La verdad es que mi suegro, visto a cierta distancia, tiene una facha muy ridícula. ¿Qué diría, si me viera de bracero con él, la señora de Z? Su sombrero alto parece espejo. ¡Pobre hombre! ¿Por qué no le inspiraría confianza? Si me hubiera pedido algo, yo le

hubiera dado con mucho gusto estos tres duros. Es persona decente. ¿Habrán comido esas chiquillas?

* * *

En el asiento que antes ocupaba el cesante, descansa ahora una matrona de treinta años. No tiene malos ojos; sus labios son gruesos y encarnados: parece que los acaban de morder. Hay en todo su cuerpo bastantes redondeces y ningún ángulo agudo. Tiene la frente chica, lo cual me agrada porque es indicio de tontera; el pelo negro, la tez morena y todo lo demás bastante presentable. ¿Quién será? Ya la he visto en el mismo lugar y a la misma hora dos.... cuatro.... cinco.... siete veces. Siempre baja del wagón en la plazuela de Loreto y entra a la iglesia. Sin embargo, no tiene cara de mujer devota. No lleva libro ni rosario. Además, cuando llueve a cántaros, como está lloviendo ahora, nadie va a novenarios ni sermones. Estoy seguro de que esa dama lee más las novelas de Gustavo Droz que el «Menosprecio del Mundo» del padre Kempis; tiene una mirada que, si hablara, sería un grito pidiendo bomberos. Viene cubierta con un velo negro. De esa manera libra su rostro de la lluvia. Hace bien. Si el agua cae en sus mejillas, se evapora chirriando, como si hubiera caído sobre un hierro candente. Esa mujer es como las papas:

no se fíen ustedes aunque las vean tan frescas en el agua: queman la lengua.

La señora de treinta años no va indudablemente al novenario. ¿A dónde va? Con un tiempo como éste, nadie sale de su casa si no es por una grave urgencia. ¿Estará enferma la mamá de esta señora? En mi opinión, esta hipótesis es falsa. La señora de treinta años no tiene madre. La iglesia de Loreto no es una casa particular ni un hospital. Allí no viven ni los sacristanes. Tenemos, pues, que recurrir a otras hipótesis. Es un hecho constante, confirmado por la experiencia, que a la puerta del templo, siempre que la señora baja del wagón, espera un coche. Si el coche fuera de ella, vendría en él desde su casa. Esto no tiene vuelta de hoja. Pertenece, por consiguiente a otra persona. Ahora bien; ¿hay acaso alguna sociedad de seguros contra la lluvia o cosa parecida, cuyos miembros paguen coche a la puerta de todas las iglesias para que los feligreses no se mojen? Claro es que no. La única explicación de estos viajes en tranvía y de estos rezos, a hora inusitada, es la existencia de un amante. ¿Quién será el marido?

Debe de ser un hombre acaudalado. La señora viste bien, y si no sale en carruaje para este género de entrevistas es por no dar en qué decir. Sin embargo, yo no me atrevería a prestarle cincuenta pesos bajo su palabra. Bien puede ser que gaste más de lo que tenga, o que sea como cierto

amigo mío, personaje muy quieto y muy tranquilo, que me decía hace pocas noches:

—Mi mujer tiene para el juego una fortuna prodigiosa. Cada mes saca de la lotería quinientos pesos. ¡Fijo!— Yo quise referirle alguna anécdota, atribuida a un administrador muy conocido de cierta aduana marítima. Al encargarse de ella dijo a los empleados:

—Señores: aquí se prohíbe ganar a la lotería. Al primero que se la saque lo echo a puntapiés!

¿Ganará esta señora a la lotería? Si su marido es pobre, debe haberle dicho que esos pendientes que ahora lleva son falsos. El pobre señor no será joyero. En materia de alhajas, sólo conocerá a su mujer que es una buena alhaja. Por consiguiente, la habrá creído. ¡Desgraciado! ¡qué tranquilo estará en su casa! ¿Será viejo? Yo debo conocerle.... ¡Ah!.... ¡sí!.... ¡es aquel! No; no puede ser; la esposa de ese caballero murió cuando el último cólera. ¡Es el otro! ¡Tampoco! Pero ¿a mí qué me importa quién sea?

¿La seguirá? Siempre conviene poseer un secreto de mujer. Veremos, si es posible, al incógnito amante. ¿Tendrá hijos esta mujer? Parece que sí. ¡Infame! Mañana se avergonzarán de ella. Tal vez alguno la niegue. Ese será un horrible crimen, pero un crimen justo. Bien está; que mancille, que pise, que escupa la honra de ese desgraciado que probablemente la adora.

Es una traición; es una villanía. Pero, al fin,

ese hombre puede matarla, sin que nadie le culpe ni le condene. Puede mandar a sus criados que la arrojen a latigazos, y puede hacer pedazos al amante. Pero sus hijos ¡pobres seres indefensos! Nada pueden. La madre los abandona para ir a traerles su porción de vergüenza y deshonra. Los vende por un puñado de placeres, como Judas a Cristo por un puñado de monedas. Ahora duermen, sonríen, todo lo ignoran; están abandonados a manos mercenarias; van empezando a desamorarse de la madre, que no los ve, ni los educa, ni los mimas. Mañana esos chicuelos serán hombres, y esas niñas mujeres. Ellos sabrán que su madre fué una aventurera y sentirán vergüenza. Ellas querrán amar y ser amadas; pero los hombres que creen en la tradición del pecado y en el heredismo, las buscarán para perderlas y no querrán darles su nombre, por miedo de que lo prostituyan y lo afrenten.

Y todo eso será obra tuya. Estoy tentado de ir en busca de su esposo y traerle a este sitio. Ya adivino cómo es la alcoba en que te aguarda. Pequeña, cubierta toda de tapices, con cuatro grandes jarras de alabastro, sosteniendo ricas plantas exóticas. Antes había dos grandes lunas en los muros; pero tu amante, más delicado que tú, las quitó. Un espejo es un juez y es un testigo. La mujer que recibe a su amante, viéndose al espejo, es ya la mujer abofeteada de la calle.

Pues bien; cuando tú estés en esa tibia alcoba

y tu amante caliente con sus manos tus plantas entumecidas por la humedad, tu esposo y yo entramos sigilosamente, y un brusco golpe te echará por tierra, mientras detengo yo la mano de tu cómplice. Hay besos que se empiezan en la tierra y se acaban en el infierno.

*
**

Un sudor frío bañaba mi rostro. Afortunadamente habíamos llegado a la plazuela de Loreto, y mi vecina se apeó del wagon. Yo ví su traje; no tenía ninguna mancha de sangre. Nada había pasado: después de todo, ¿qué me importa que esta señora se la pegue a su marido? ¿Es mi amigo acaso? Ella sí que es una real moza. A fuerza de encontrarnos somos casi amigos. Ya la saludo.

Allí está el coche; ella entra en la iglesia; ¡qué tranquilo debe estar su marido! Yo sigo en el wagon. ¡Parece que todos vamos tan contentos!

SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

A CARGO

de **MANUEL TOUSSAINT Y RITTE**

Rafael Delgado.—LA CALANDRIA.—3ª EDICION.—
«Biblos».—(Imp. Ballescá). México, MCMXVI.

La casa editorial «Biblos» acaba de reimprimir correctamente esta popular novela de don Rafael Delgado. Adorna la edición un retrato del autor, magistralmente grabado por don Emiliano Valadez, que es lástima no esté tan bien impreso como fuera de desearse.

Respecto de la obra misma, nuestra crítica *hablada* y familiar, la que recela imprimir sus juicios en letras de molde, ha determinado su mérito en la siguiente fórmula: «Es *La Calandria* una aceptable novela; es la obra menos mala que haya surgido de pluma nacional antes de la era presente.» ¡Exiguo será el caudal de nuestra novelística de ayer, cuando no llega a contar lo que sin reticencias puede llamarse una buena novela! Porque quienes encomian la obra de Delgado recurren a cualidades secundarias como el color local—que a caso interece a los nativos de *Pluviosilla*,—como el buen estilo, el terso decir de un prudente académico; como la conformidad exacta entre los tipos de la novela y los persona-

jes de la vida real; como el mexicanismo de la obra, consistente en escoger los tipos más vulgares de las clases inferiores y reproducirlos con su imprescindible dialecto.

Pero, desengañémosnos: todo eso está muy bien, mas no basta a crear lo que hoy llamamos una novela. En el siglo de *La Rebelión de los Angeles* poco nos importa el realismo y el respeto a las tres dimensiones. Queremos una intensa visión artística, no que copie la vida, sino que rebose la vida de sí misma; queremos más personalidad en el autor: que nos dé sus propias entrañas si es preciso, en vez de un perenne subrayado trivial. Que hay muchachas bobas que abandonan a sus novios pobres por buscar más alto y caen en poder de jóvenes libertinos? ¿Qué nos interesa a nosotros? Era preciso escribir tan sin escrúpulo literario un libro para mostrar-nos lo que a diario ven nuestros ojos?

Una tercera edición de *La Calandria* quizás venga a demostrar cuán lejos se agitan nuestras actuales inquietudes literarias, respecto de este discípulo de Pereda, que, con ser cien codos más alto que nuestro autor, ha entrado ya en un justo y soñoliento claudicar.

Cuentos y Semanas Alegres, de Angel de Cam

PQ7297

.G8

A6

1916

1020122527

FAR

AUTOR

Manuel

C-B-1020122527



UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

UNIVERSITATEA DE MEDICINA SI FARMACIE



CULTURA